

BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

ALGO MAS QUE UNA BROMA





eb

LOU CARRIGAN

ALGO MÁS QUE UNA BROMA

Colección LA HUELLA n.º 135
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 16.791 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: junio, 1977

Lou Carrigan - 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

«Con la máxima prontitud, como siempre, serviremos el pedido que han tenido la gentileza de hacemos. Por el cual, General Confections les queda muy reconocida. Suyos afectísimos, etcétera, etcétera».

La secretaria asintió mientras escribía la última nota taquigráfica. Luego, alzó la cabeza y miró sonriente a su jefe.

—Es una carta muy amable, señor Gessell...

—La amabilidad es lo más barato del mundo, Eve —sonrió también Xavier Gessell—. Y, asombrosamente lo más rentable. ¿Le he dicho ya que está usted tan deliciosa como siempre esta mañana?

Eveline Wilkes se mordió los labios para no soltar una carcajada.

—Sí, señor. Ya me lo ha dicho.

—Ah... Bien, pasemos a la siguiente carta. Es para... Vaya, otra vez este infernal aparato —acababa de zumbar el intercom, y el señor Gessell abrió el canal de recepción—. ¿Sí?

—Acaba de llegar un mensaje para usted, señor.

—Señora Payne, ya le he dicho antes que iba a dictarle unas cartas a Eve, y que no quería ser molestado por nada. ¿Lo ha olvidado usted?

—No, señor. Es que... Bueno, en el sobre indica que es urgentísimo, y debe ser cierto, porque lo ha traído un mensajero. He pensado que puede ser importante, así que...

—Está bien —suspiró Gessell—. Me haré cargo de esa carta inmediatamente, señora Payne. Eve va ahora mismo a buscarla.

Cerró la comunicación y miró a su secretaria, que ya se ponía en pie, asintiendo. Mientras caminaba hacia la puerta del despacho privado de Xavier Gessell, éste la contempló a sus anchas, cosa que

valía la pena, ciertamente. Con veinticinco años, aquella cabellera rubia, aquellas piernas y aquellos ojazos azules, aparte de otros detalles anatómicos dignos de la mayor atención, Eveline era sin duda alguna la secretaria más linda de toda Nueva York. Vaya que sí. Y si él no hubiese tenido una esposa tan joven y bonita como Eveline, cualquiera sabe lo que habría podido pasar... Cualquiera sabe.

Eveline regresó a los pocos segundos, cuando todavía Gessell estaba sonriendo pensando en aquella serie de posibilidades. Claro que la cosa, de todos modos, no habría sido fácil, porque Eveline era una chica honesta y convenientemente seria. No sería de poner mala cara, ni mucho menos, sino de comportamiento. Por otra parte, un hombre que ya tenía cuarenta y cinco años tampoco estaba en condiciones de atender a dos jovencitas que...

—El mensaje, señor Gessell.

Éste se sobresaltó un poco, y se quedó contemplando los sensacionales ojazos de Eveline, y la boquita sonrosada y... Vaya, ella tenía varios modelitos, ciertamente, y eso no podía sorprender a nadie, ya que le costaban baratísimos en la propia empresa, y algunas veces, incluso él le regalaba algunos. Lo asombroso era que Eveline estuviese igualmente bella con cualquiera de los trapitos de la casa...

—Ah, sí. ¿Quiere leerlo, por favor?

—Es que aquí hay una inscripción de estrictamente personal.

Xavier Gessell alzó las cejas, asombrado.

—No hay nada en mi vida personal que no pueda saber mi secretaria privada, Eve. Y si el asunto es de negocios, como supongo, razón de más para que usted misma se entere.

—Sí, señor, como guste.

Así que Eveline abrió el sobre, sacó una gran hoja de papel doblada varias veces, la desdobló y primero en su rostro apareció una expresión de desconcierto. Luego, palideció y su mirada se desplazó vivamente hacia el expectante Xavier Gessell.

—¿Le ocurre algo? —musitó éste.

La muchacha tragó saliva y tendió el papel a su jefe, que ya muy interesado, lo tomó, y leyó lo escrito en él, con grandes letras mayúsculas:

«VAYA AL BANCO, RETIRE S
500 000 Y

ESPERE EN SU CASA NUESTRA LLAMADA A PARTIR DE LAS
SEIS DE LA TARDE. TENEMOS A SU ESPOSA. SI AVISA A LA
POLICÍA, LO LAMENTARÁ».

Durante unos segundos, Xavier Gessell permaneció atónito, como si fuese incapaz de comprender aquel mensaje. De pronto, palideció y miró a su secretaria, quien a su vez lo contemplaba con los celestiales ojos muy abiertos, asustada la expresión.

—No..., no puede ser —tartamudeó Gessell—. ¡No puede ser!

Luego, se abalanzó al teléfono y comenzó a hacer llamadas, la primera de las cuales fue a su propia casa. En cinco o seis minutos hizo no menos de una docena de llamadas. Por fin, desalentado, dejó colgado el auricular, y quedó inmóvil, con la mirada perdida. Ni rastro de su esposa. Ninguno de sus amigos la había visto, Harriett no estaba en ninguna parte que él pudiese saber. Bueno, podía estar en tantos sitios... Pero...

Unas gotitas de sudor habían aparecido en la frente de Xavier Gessell, y su rostro de hombre maduro, pero habitualmente alegre y todavía no poco enérgico, parecía irse marchitando a ojos vista; eso le parecía a Eveline Wilkes, al menos.

—Dios mío... —susurró por fin la muchacha—. ¿Qué... qué vamos a hacer, señor Gessell?

—¿Eh...? Nada... Nada...

Gessell abrió el cajón central de su mesa, sacó un talonario de cheques que se guardó en un bolsillo, se puso en pie y, sin más, salió del despacho, a toda prisa.

Eveline estuvo todavía inmóvil, aterrada, unos segundos. De pronto, también ella salió a toda prisa del despacho: sabía muy bien lo que tenía que hacer, adonde debía ir...

* * *

El inspector Lorigan, jefe de la Delegación del FBI en la ciudad de Nueva York, asintió con la cabeza amablemente. No se había alterado ni un instante.

—¿Eso es todo, señorita Wilkes? —preguntó.

—Sí... sí, señor, es todo... ¡Han raptado a la señora Gessell!

—Parece evidente —admitió Lorigan; echó un vistazo al papel donde la muchacha había reproducido el mensaje recibido por su jefe—. ¿Está segura de que esto es lo que decía el papel?

—Y me atrevo a decir que textualmente, inspector. Debido a mi trabajo de secretaria, la memoria es una de las cualidades que más he tenido que desarrollar siempre. Y es tan corto... No creo haberme equivocado ni siquiera en una sola palabra. Yo... espero haber hecho bien al venir a avisar al FBI de lo que ocurre...

—Ha hecho usted lo único que debía hacer, señorita Wilkes.

—Supongo que sí. Pero esa amenaza de que si avisamos a la policía...

—Haremos las cosas con todo cuidado, no tema. ¿Le importa quedarse sola unos minutos?

—No... No, no, claro.

—Gracias. Con permiso.

Lorigan abandonó el despacho... para regresar, efectivamente, apenas cinco minutos después, acompañado por otro hombre. Un sujeto alto, de hombros anchos y ojos oscuros que inmediatamente se clavaron con cierta expresión especulativa en Eveline Wilkes. Y fuese por esta penetrante mirada, o por la recia y viril apostura de aquel hombre, Eveline enrojeció levemente, tan impresionada, tan aturdida, que tardó unos segundos de más en darse cuenta de que el inspector Lorigan la miraba con cierta socarronería, dispuesto a hablarle.

—¿Tiene usted novio, señorita Wilkes? —preguntó Lorigan.

—¿Eh? ¡Oh, no! No...

—Pues yo creo que sí. Permítame presentarle a Vincent Vaine, agente especial del FBI. Seis pies y dos pulgadas de estatura, treinta años, excelentes condiciones físicas, inteligente, educado, yo diría que incluso atractivo, y con un excelente porvenir en el FBI o en cualquier otra actividad que pudiera emprender. Espero que le guste como novio. ¿Sí o no?

—Oh, sí. —Eveline volvió a enrojecer—. Bueno, quiero decir... Pero... ¿mi novio? No... no comprendo...

—Estoy seguro de que a Vin también le complacerá este noviazgo. ¿Qué dices, Vin?

—Digo que es usted formidable, señor. —Vincent Vaine tomó

una mano de Eveline, y se inclinó a besarla—. ¿Cómo estás, Eveline, querida?

—Bi... bi... bien... Muy bien, gracias... Pe... pero...

Lorigan le dio una afectuosa palmadita en un hombro.

—Como usted comprenderá, este noviazgo va a durar lo que dure el caso, señorita Wilkes. En estos momentos, otro de mis hombres ya está en camino de la General Confections, para interrogar a la señora Payne respecto a la procedencia del mensajero... ¿No dijo usted que lo había recibido esa señora? ¿Es correcto su nombre?

—Sí, sí; señora Payne.

—Bien. Mientras ese agente intenta localizar la empresa que envió a ese mensajero y las pistas que por esa parte puedan derivarse, nosotros también vamos a trabajar...

—Pero yo creí que... que... Bueno, si se enteran de que el FBI está interviniendo...

—Tranquilícese. El agente Ryder no ha ido a la General Confections como representante del FBI, sino como electricista. Nadie sabrá nada, excepto la señora Payne, que espero sepa tener la discreción conveniente. ¿Cree que será así?

—Sí... Sí, la señora Payne es una mujer... sensata.

—Espléndido. En tal caso, aunque no tengo ninguna esperanza por este lado, dejaremos que Ryder siga su trabajo. Por lo general, las compañías dedicadas a la difusión de notas y paquetes urgentes dentro de la ciudad, no suelen ser de gran ayuda, ya que sus empleados no disponen de demasiado tiempo para fijarse en los clientes hasta el punto de poder describirlos luego. Pero, dejemos eso en manos del agente Ryder. Vayamos a lo nuestro. Usted y su novio...

—¿Se refiere al señor Vaine?

—Por supuesto. Vincent va a ir con usted a la casa del señor Gessell, y usted lo presentará como su novio...

—Pe... pero... el señor Gessell sabe que yo no tengo novio...

—No se trata de engañar al señor Gessell, sino a otras personas, tanto de la casa como del exterior, que puedan estar pendientes de lo que allí ocurra. Esas personas no pensarán en la policía, ni mucho menos en el FBI, si la secretaria del señor Gessell va esta tarde allí a resolver algún asunto olvidado en la oficina, ¿no le parece?

—No... Claro que no...

—Tampoco es cosa que pueda sorprender a nadie que una chica tan bonita como usted tenga novio y que, antes de ir esta tarde de viernes a alguna parte, él la acompañe a terminar un trabajo, ¿verdad?

—Claro...

—Sin embargo, al señor Gessell habrá que decirle la verdad.

—Temo que él se enfade mucho conmigo, inspector. Quiere mucho a su esposa, y cualquier cosa que pueda ponerla en peligro le va a alterar mucho.

—El señor Gessell no tendrá más remedio que admitir que el comportamiento de usted ha sido adecuado, y que, en definitiva, lo único que ha pretendido ha sido ayudarle. Por nuestra parte, haremos las cosas tan discretamente como requiere el caso. Vamos a efectuar una interferencia telefónica..., usted ya sabe, una *ware-tapping*, a fin de localizar la llamada que se producirá a partir de las seis de la tarde en casa del señor Gessell. Rutinario, vulgar..., pero en muchas ocasiones ha dado excelentes resultados. Estoy seguro de que usted lo ha visto muchas veces en televisión —sonrió mordazmente.

—Sí...

—Bien. Por lo que usted ha dicho, parece que el señor Gessell salió disparado hacia el banco en busca de los quinientos mil dólares, ¿no es así?

—Ésa fue mi impresión.

—No estará de más que él disponga de ese dinero. Mientras tanto, nosotros haremos nuestro trabajo. Vincent se encargará de todo; usted sólo tiene que ir allá con él como si fuesen novios...

—Pero... ¿Es necesario esto?

—Mira, querida —dijo Vincent Vaine—, en muchos casos como éste alguna persona de la casa está complicada en el rapto. Uno de los criados, por ejemplo, que suele ser quien ha facilitado la información a sus cómplices para llevarlo todo a cabo con las máximas garantías. De modo que si tenemos en cuenta esta posibilidad, lo de nuestro noviazgo es conveniente.

—Sí... sí, entiendo, señor Vaine.

—Acostúmbrate a llamarme Vincent, querida —sonrió levemente el

G-man

—. ¿Has venido con tu coche?

—Sí, claro.

—Pues iremos en él. Hasta luego, señor.

CAPÍTULO II

El coche recorrió el corto sendero y se detuvo delante de la casa, mientras Vincent Vaine miraba aprobatoriamente a su alrededor.

—No está mal —dijo—. Una quinta así, en plena Nueva York, debe costar mucho dinero. No cabe duda de que los negocios van muy bien. ¿A qué se dedica el señor Gessell?

—A modas de confección. Lo que los franceses llaman prêt-à-porter. La General Confections es muy grande y sirve pedidos a todo el país, y bastante al extranjero; preferentemente, México, Canadá y Panamá. El señor Gessell, además de ser uno de los mayores accionistas de la compañía, es el director general.

—Entiendo. Y espero que esté pagando escrupulosamente sus impuestos. Bien..., ¿vamos allá?

Se apearon los dos y subieron la breve escalinata, tomando Vincent a Eveline por los hombros, con toda naturalidad. Cuando llegaron ante la puerta, la muchacha miró al

G-man,

pero se sintió totalmente defraudada al no ver en la expresión de él nada especial. Al menos, tan especial como lo que estaba sintiendo ella respecto a su proximidad.

La puerta se abrió y el mayordomo sonrió al ver a Eveline.

—Ah, señorita Wilkes, buenas tardes...

—Buenas tardes, Bishops. Está el señor Gessell en casa, ¿verdad?

—Sí, señorita. En su despacho. Se encerró allí cuando llegó; debe tener mucho trabajo. La está esperando, supongo.

—Sí, desde luego. Dígale que he venido a que me firme unas cosas antes de marcharme de week-end...

y a presentarle por fin a mi novio.

Bishops alzó las cejas, miró vivamente a Vincent Vaine, y acabó sonriendo con evidente aprobación. Era un hombre ya mayor, reposado, de gesto afable y honrado.

—Enhorabuena —dijo—. Pasen, por favor. Me parece que ni siquiera debo molestarle en anunciarla, ¿no le parece?

—Conozco el camino —sonrió Eveline.

Cruzaron el amplio vestíbulo hacia la puerta del despacho. Eveline llamó y los dos oyeron la voz de Gessell autorizando la entrada, un poco tensa. Vincent empujó la puerta, dejó pasar a Eveline, y él lo hizo detrás, cerrando. Inmediatamente, vio a Xavier Gessell, que se había puesto en pie tras su mesa. Parecía entre molesto y desconcertado.

—¿Qué ocurre, Eve? —farfulló.

Vincent apretó suavemente un brazo a la muchacha, se acercó a la mesa, y mostró a Gessell su credencial, en silencio. Gessell palideció, y volvió su mirada, iracunda, hacia Eveline.

—¿Con qué derecho se ha permitido...? —empezó.

—Cálmese, señor Gessell —susurró el

G-man

—. Estoy aquí como novio de la señorita Wilkes, de modo que nadie tiene por qué sospechar nada especial sobre mí. Como usted sabe, en estos casos, la intervención policial o federal no se limita a un solo hombre, de modo que esto salva todas las apariencias...

—¡Tengo derecho a resolver mis propios asuntos como mejor me convenga! —exclamó Gessell.

—¿Retiró usted los quinientos mil dólares del Banco?

—¡Desde luego! ¡Y pienso pagar, así que...!

—Lo que usted haga con su dinero es cuenta suya, señor Gessell, ciertamente. Sin embargo, lo que alguien haga que atente contra la ley, es cosa mía... Es decir, del FBI. Y especialmente los delitos de secuestro, entre otras muchas cosas. Espero que acepte que nuestra intención al intervenir no tiene por objeto perjudicarle a usted o a su esposa.

Xavier Gessell se mordió los labios y se quedó mirando al impresionante

G-man,

que lo contemplaba gravemente, de pronto, se dejó caer en el sillón giratorio y susurró:

—Lo siento... Perdóneme, pero estoy muy asustado. Quizá Eve haya hecho bien al avisarles, señor... Perdona, no recuerdo...

—Vincent Vaine.

—Sí. Bueno... Mire, señor Vaine, quiero que sepa desde ahora mismo que no pienso aceptar nada que pueda poner en peligro a mi esposa. ¿Está claro?

—Lo entiendo muy bien, señor Gessell, porque ésas son nuestras intenciones. He intervenido ya en varios casos de rapto, así que me hago cargo de su estado de ánimo —señaló una fotografía en marco de pie colocada en un ángulo de la mesa—. ¿Es su esposa?

—Sí... sí.

—¿Me permite? —Alargó la mano el
G-man.

Gessell le tendió el marco, y el
G-man
alzó las cejas al ver a *mistress*, sin poder evitar aquel leve gesto de asombro. La muchacha de la fotografía debía tener veinte años menos que Xavier Gessell y era casi tan bonita y deliciosa como *miss Wilkes*, la rubia secretaria.

—¿Cuánto tiempo tiene esta fotografía, señor Gessell?

—Menos de un año. Harriett me la regaló poco después de casamos, para que la tuviese en el despacho.

—Harriett es el nombre de su esposa, claro.

—Claro.

—Bien...

—Le llevo diecinueve años, señor Vaine, si es eso lo que le tiene intrigado.

—Mi intriga, señor Gessell, nunca es tanta que me impulse a meterme donde no me llaman. Ni al FBI en general, ni a mí en lo personal, nos interesan esos detalles. Simplemente, me pareció que no debía desaprovechar la ocasión de conocer el rostro de su esposa. Espero no haberle molestado con ello.

Gessell volvió a morderse los labios.

—¿Quieren beber algo? —ofreció, indeciso.

—Yo no, gracias. Pero mi novia quizá aceptaría.

—¿Su novia?

—Se refiere a mí —sonrió crispadamente Eveline.

—Ah... Ah, sí. Bueno, señor Vaine, toda esta comedia...

—La estamos haciendo en beneficio de su esposa. Si alguien que esté cerca de usted tiene que informar sobre mi presencia aquí, dirá que soy el novio de Eveline, y eso será todo...

—¿Alguien que esté cerca de mí? ¿Qué quiere decir?

—Supongo que tiene usted varias personas a su servicio en la casa.

—Naturalmente.

—¿Cuántas?

—Cuatro. Pero si está insinuando que alguno de mis criados puede tener algo que ver con esto, olvídelo.

—Nunca hay que desdeñar nada, señor Gessell.

—Mire... Yo no sé qué va a poder hacer usted, señor Vaine, pero sí sé lo que yo quiero hacer exactamente: pagar y que me devuelvan a mi esposa. Eso es todo. Cualquier otra cosa que pueda... ¿Qué es esto? —se desconcertó al oír el leve zumbido.

—Mi radio de bolsillo, que está llamando —dijo Vincent, sacando el pequeño aparato de un bolsillo interior de la chaqueta—. Con permiso. ¿Sí?

—¿Vin? Soy Ryder. ¿Puedo hablar?

—Sí, adelante.

—Acabo de hablar con la señora Payne, precisamente, en la General Confections. Me ha dicho el nombre de la mensajería, pero ya me he cerciorado de que tal mensajería no existe. Sin embargo, la señora Payne recuerda el rostro del hombre que trajo el mensaje para el señor Gessell, y dice, además, que no llevaba uniforme alguno. Todo fue muy rápido: le entregó el mensaje y se fue. He pensado en llevarme a la señora Payne a la Delegación, para que dicte el rostro de ese hombre a nuestros dibujantes... ¿Qué te parece?

—No demasiado bien, Mark. Sería mejor que la señora Payne se dirigiese a su domicilio cuando termine su trabajo. Que haga lo mismo de siempre. Pero, cuando ella llegue allí, tú y uno de nuestros dibujantes podéis estar esperándola discretamente...

—Tienes razón. De acuerdo, lo haremos así. ¿Alguna novedad por ahí, Vin?

—Ninguna por ahora.

—Bien. Hasta la vista.

—Adiós, Mark —el

G-man

cerró la radio, la guardó y miró a Gessell, que lo contemplaba sombríamente—. Señor Gessell, se está llevando a cabo una interferencia en su teléfono, con el fin de intentar localizar esa llamada que tiene que producirse a partir de las seis de la tarde. Por mi parte, si usted me autoriza, he traído material —señaló el portafolios que había dejado sobre la alfombra— para llevar a cabo una pequeña derivación que me permita atender, simultáneamente con usted, esa llamada, y, si procede, aconsejarle. ¿Puedo hacerlo?

—No necesito consejos. Y no me importa perder medio millón a cambio de mi esposa.

—Es mucho dinero, me parece a mí.

—Puedo prescindir de él.

—Dichoso usted —sonrió con fría cortesía el

G-man

—. ¿Puedo hacer esa derivación?

Gessell vaciló. Por fin, soltó un gruñido.

—Haga lo que quiera.

—Gracias. ¿Qué hora tienes, querida? —preguntó, tras consultar su reloj de pulsera.

—¿Eh...? Oh, sí. —Eveline miró su relojito—. Las tres y cuarenta minutos.

Vincent Vaine asintió y se dedicó a instalar la conexión al teléfono de la mesa del despacho, tarea que le llevó diez minutos escasos. Luego, descolgó el auricular y se aseguró de que la línea estaba ya interferida por compañeros suyos, que le aseguraron que todo estaba dispuesto. Cuando colgó, volvió a mirar su reloj, y miró a Gessell amablemente.

—Como ve, todo está funcionando bien y discretamente, señor Gessell. Le aseguro que nuestra cautela es total, pues sabemos mejor que usted cómo se desarrollan estos casos. Ahora, yo voy a marcharme con el coche de Eveline, a dar una vuelta, ya que no parecería normal que mientras ustedes solventan asuntos del trabajo, yo permaneciese aquí. Volveré a las seis menos cuarto o un poco antes. Lo primero que tiene usted que hacer, es dar orden a los criados de que no atiendan el teléfono, pues quiere hacerlo usted personalmente, a fin de atender un importante negocio. Nadie se sorprenderá de esto, ni de la presencia de su secretaria en estos

momentos... ¿Será la primera vez que ella viene aquí a terminar trabajos de última hora?

—Ni mucho menos. Ha venido docenas de veces. Incluso algunos sábados y domingos temo que he tenido que... prescindir de su descanso.

—Eso enaltece a Eveline, ¿verdad? Bueno, otra cosa, señor Gessell; si llaman antes de la hora fijada y yo no estoy aquí, recuerde que por medio de la interferencia, mis compañeros lo estarán oyendo y grabando todo, al mismo tiempo que se procede a la localización de la llamada. Por lo tanto, usted procure conversar el mayor tiempo posible. Incluso sería conveniente que contestara la señorita... Eveline, a fin de ganar más tiempo. Cuanto más tiempo esté descolgado el otro teléfono, mejor para nuestros propósitos. ¿Tiene alguna duda?

—No... No...

—¿Y tú, querida? —Se dirigió a Eveline, con una chispa de pitorreo en los ojos.

—Tampoco —murmuró ella.

—Entonces, hasta luego. Ha sido un placer conocerle, señor Gessell —dijo, ya con la puerta del despacho abierta y muy alta la voz—: Volveré dentro de un par de horas a buscar a Eveline. Me llevo tu coche, amor.

* * *

Detuvo el coche, se apeó y se metió en el que había estacionado delante. Al volante había un hombre, y en el asiento contiguo, un receptor grabador, que Vincent alzó para sentarse, dando un familiar codazo al otro.

—¿Qué tal, Red? —saludó.

—Bien. Pero no tanto como tú —sonrió el otro

G-man

—. Se rumorea que tienes novia al fin.

—Sí —sonrió Vincent—. Y su belleza me tiene todavía patitioso. ¿Has grabado algo?

—Poca cosa. En cuanto tú saliste, Gessell censuró a la chica que hubiera avisado al FBI, pero la discusión terminó pronto. Ya no hablan.

—Deben estar meditabundos —encogió los hombros Vincent.

—Ese Gessell parece una buena persona... ¿Dónde has colocado el micrófono?

—Con la instalación de la derivación telefónica. Ellos no deben entender de estas cosas, así que no se darán cuenta de nada. Y siempre es interesante saber lo que hablan una secretaria y su jefe.

—Yo creo que esta parte de nuestro trabajo está sobrando —opinó Red Irwing—; parece que todo es cierto. Aunque, claro, ya sé que estamos hartos de pillos, sinvergüenzas y tipos listos. ¿Quieres escuchar lo que han hablado?

—Prefiero seguir grabando y escuchando..., si es que vuelven a hablar. Además, tú dices que sólo han tenido esa pequeña discusión respecto a que la secretaria nos haya avisado, por mí vale. Oye, dame un cigarrillo; se me han terminado.

Red Irwing tendió su paquete, pensativo.

—¿Gessell tiene ya el dinero? —preguntó.

—Fue al Banco como un rayo. Evidentemente, ama mucho a su esposa. Y no me sorprende.

—¿Por qué dices eso?

—Ella debe tener unos veinticinco años. He visto una fotografía suya. Es preciosa.

—Ah... Bueno, más a mi favor; eso descarta la posibilidad de un plan entre el jefe y su secretaria para desembarazarse de la vieja esposa, ¿no crees?

Vincent asintió con la cabeza, echando humo en abundancia.

—No creo que los tiros vayan por ese lado, desde luego. Seguramente, tienes razón, y estamos metidos en un asunto de rapto vulgar y corriente. Me parece muy lógico que los raptos hayan escogido a la joven y bella señora Gessell; saben que él pagará sin vacilaciones con tal de recuperarla. Bien, estaré contigo hora y media aproximadamente, y luego, volveré allá, a ver qué pasa.

CAPÍTULO III

—¿Todo bien? —preguntó tras cerrar la puerta del despacho—. ¿Ninguna novedad?

Xavier Gessell y Eveline Wilkes se limitaron a mover negativamente la cabeza. El

G-man

se sentó en un sillón y los miró apaciblemente. Ambos estaban nerviosos y muy preocupados, se veía muy claramente. Y, por supuesto, no tenían el menor deseo de hablar. Tampoco Vincent tenía el menor deseo de hacerlo, así que, tras mirar su reloj, se relajó, dispuesto a esperar. Faltaban apenas veinte minutos para las seis. A partir de esa hora, todo se pondría en marcha.

Pero, a las seis y diez, el teléfono todavía no había sonado y Xavier Gessell comenzó a dirigir mortecinas miradas de rencor al agente del FBI y a su «novia». El

G-man

permanecía impávido, sin aparentar la menor impaciencia o preocupación, pero era visible el creciente nerviosismo de la muchacha.

Y mucho más visible el de Gessell, que, finalmente, hacia las seis y veinte, se levantó como si de pronto el asiento se hubiese puesto al rojo vivo.

—¡Lo sabía! —Casi gritó—. ¡Se han dado cuenta de...!

—Cálmese, señor Gessell —pidió Vincent—. Si le dijeron a partir de las seis de la tarde, eso puede significar que la llamada quizá se retrase hasta las ocho. O las doce de la noche. No pierda la serenidad.

—¡Me gustaría verlo en mi lugar!

Vincent Vaine pensó en la hermosa quinta, en los tres coches

que había visto minutos antes en el garaje, en las acciones de la General Confections que Gessell debía tener, en aquel medio millón de dólares que contenía el pequeño maletín, y en los que todavía debían quedarle en el Banco... Así que permaneció en silencio, un poco mosqueado. Claro que, por otra parte, el pobre Gessell tenía que estar pasándolo muy mal en aquellos momentos... Sí, muy mal. Aunque peor aún debía estar pasándolo su esposa. Desde luego, el FBI conseguiría que todo terminase bien para ella, pero el susto ya no se lo quitaría nadie fácilmente.

La puerta del despacho se abrió, sobresaltándolos a todos, y una hermosa joven que Vincent identificó al instante, entró, sonriendo, caminando directa hacia Xavier Gessell, al cual besó en un pómulo, mientras él permanecía petrificado, lívido.

—Hola a todos —dijo alegremente—. Supongo que ya no estáis trabajando, no molesto, querido. Me ha dicho Bishops que Eve ha venido a presentarnos a su novio —miró simpáticamente a Vincent, que se había puesto en pie, y exclamó—: ¡Y vaya novio! Eve, querida, ¿dónde has encontrado a tan apuesto caballero?

Pero Eveline Wilkes, igual que su jefe, estaba tan estupefacta e impresionada, que tampoco pudo emitir sonido alguno. Sus grandes y bellos ojos contemplaban a la recién llegada como si fuese un fantasma.

—¿La señora Gessell, supongo? —le sonrió el G-man.

—Claro —parpadeó ella—. Así que por fin Eve tiene novio...

—¡Pero...! ¿De dónde sales? —consiguió reaccionar por fin Gessell, pegando un brinco y tomándole los brazos.

—¡Xav, me haces daño! —protestó ella.

—¿Dónde has estado...? ¿De dónde vienes? —insistió él.

—Suéltame... —se desasíó ella, fruncido el ceño—. ¡Pero qué bruto eres...! ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Qué me pasa! —aulló Gessell—. ¡Hace un montón de horas que estoy con el corazón...!

—Teníamos la impresión de que la habían raptado, señora Gessell —explicó Vincent.

Harriett se lo quedó mirando como si no hubiese oído bien, boquiabierta, ahora le tocaba el turno a ella estar absolutamente estupefacta.

—¿Raptado? —murmuró por fin—. ¿A mí?

—A usted, señora.

—Pues... Oh, bueno. ¿Es una broma?

—No, señora. Estamos hablando completamente en serio.

—Pero... ¡qué tontería! ¡Claro que no me han raptado!

—Eso estamos viendo —sonrió inexpresivamente Vincent.

—Oh, vamos... ¿De verdad no es una broma?

—¡Qué broma ni qué nada...! —estalló Gessell; y de pronto abrazó fuertemente a la muchacha, mientras ella miraba incrédulamente a Vincent y a Eveline por encima del hombro de su marido—. ¡Por Dios, he pasado las peores horas de mi vida...! Pero está bien... Harriett: ¿estás completamente bien? ¿No te ha sucedido nada?

Por fin, Harriett Gessell se hizo cargo de la situación. Pasó los brazos por el cuello de su marido, y lo besó dulcemente en la boca, sonriendo.

—Tranquilízate, mi amor —susurró—. No sólo estoy bien, sino que he pasado un día espléndido. Ya avisé a Bishops de que no vendría a almorzar en casa. Adivina con quién he almorzado.

—Pues... no sé. ¿Con quién?

—Con Margo.

—Oh, no.

—Vamos, no seas tan rencoroso —rió Harriett—. La encontré en Fanny's, y comprenderás que no podíamos ignorarnos, así que comenzamos a charlar. Yo creo que no está bien esa enemistad entre los socios más importantes de la compañía, Xav. Seguramente, me llamará un día de éstos, y espero que nos invite a cenar. ¿Me prometes que serás razonable?

—Ésa... bruja...

—¡No hables así, Xav! Oh, pero dejemos esto... Volvamos a eso de mi rapto... ¡Casi me parece divertido! ¿De dónde sacaste esa absurda idea? ¿No te dijo Bishops que no vendría a almorzar?

—Yo llamé primero —susurró Gessell—. Y él me dijo eso, sí. Luego te estuve llamando a varios sitios, y como no te localizaba...

—Fuimos Margo y yo a almorzar al Waldorf, ya te lo he dicho. Luego tenía tantas cosas que hacer que me olvidé de todo. Sobre todo, cuando vi aquel abrigo de piel... Oh, Xav, vas a decir que

gasto mucho, pero...

—No, no... No importa, de veras. Y menos, después de la angustia que he pasado.

—Pobrecito mío. —Harriett lo besó ahora en la punta de la nariz—. Lo que no entiendo es por qué tenías que alarmarte tanto por el simple hecho de no localizarme. Otras veces te he avisado de que... ¿Qué es esto?

Gessell desdobló el papel que había sacado del bolsillo y lo tendió a su esposa.

—Léelo —susurró.

Harriett obedeció, y todos vieron su gesto de estupor. Luego, de pronto, se echó a reír.

—¡Xav, pero esto es absurdo...! ¡Han debido gastarte una broma!

—Ha sido una broma bastante antipática —intervino Vincent Vaine—, pero, de todos modos, más vale así. Peor habría sido que resultase verdad, señora Gessell, ya que ello implicaba dos riesgos: perderla a usted, o perder quinientos mil dólares. O a ambos.

Harriett parpadeó.

—¿Quieres decir que... que...? —Se volvió de nuevo hacia su marido—. ¿Ibas a pagar quinientos mil dólares por mí, Xav?

Gessell señaló el maletín, y Harriett fue allá, lo abrió y se quedó mirando los fajos de billetes, como fascinada.

—Medio millón de dólares... —susurró—. Nunca los había visto juntos. ¡Y los ibas a pagar por mí! Pero..., no entiendo esto...

—Pues es muy fácil de entender, señora Gessell —sugirió el G-man

—. Su marido la ama más que a cualquier otra cosa del mundo. Y ha pasado unas horas terribles, se lo aseguro.

Harriett regresó ante su marido, y se abrazó a su cintura, apoyando la cara en el pecho masculino. Estaba visiblemente emocionada.

—Xav, lo siento... Siento este mal rato que has pasado. Si lo hubiese sabido, te habría dicho que llegaría tarde, que... ¡Oh, yo qué sé! Creía... Bueno, yo creía que para ti era solo... un bonito juguete, pero... ¡ibas a pagar medio millón por mí!

—Habría sido un juguete muy caro, señora Gessell —sonrió de mala gana Vincent.

Ella lo miró, sonrió también, y se apretó más contra Gessell.

—Yo también te amo —susurró—. Yo también, Xav, te lo juro.

Vincent Vaine se rascó la nuca, entre divertido y perplejo.

—Bueno —dijo—, me parece que ya no tengo nada que hacer aquí. Pero, desde luego, esta broma que ha movilizó al FBI no tiene...

—¿Al FBI? —se sorprendió Harriett—. ¿Qué dice usted?

—Mi nombre es Vincent Vaine, señora, y soy agente del FBI.

—Pero..., ¿no es usted el novio de...?

—No, señora. Vine aquí como novio de la señorita Wilkes con el propósito de que nadie pensase que la policía, o el FBI, estaban tomando cartas en el asunto.

—Oh... Vaya, es lamentable. Son una pareja estupenda, Eve es tan bonita... ¡Y usted es muy guapo, señor Vaine!

—Muchas gracias... —rió Vincent—. Y usted es encantadora, señora Gessell. Bien... Ahora que todo se ha aclarado y todos estamos contentos, creo que la señorita Wilkes y yo debemos retirarnos. ¿Le molestaría llevarme en su coche, señorita Wilkes?

—No... —murmuró Eveline—. Claro que no, señor Vaine.

—Estupendo. Ah, claro: vamos a retirar todos nuestros dispositivos de...

¡Triliiinnngggg!, sonó el teléfono.

Todos miraron el aparato, pero fue Gessell quien lo descolgó, rápidamente, sonriendo tras el sobresalto.

—¿Diga? —inquirió alegremente.

—Sí, soy yo. Diga.

—¿...?

Las dos mujeres y el

G-man

vieron cómo el rostro de Gessell enrojecía de furia.

—¡Váyase al demonio! ¡Y le advierto que el FBI está enterado de esto! —gritó, colgando acto seguido el auricular, violentamente.

Vincent Vaine entornó los ojos, expectante.

—¿Qué ocurre, señor Gessell?

—¡El tipo de esta broma idiota...! Me ha preguntado si tenía ya los quinientos mil dólares... ¡El muy...! ¡Como consiga saber quién es...!

Vincent frunció el ceño y se rascó una oreja, pensativo.

—Es muy posible que nosotros lo localicemos —murmuró—. Como broma, no está mal, pero ya no está tan bien que se haya movilizado al FBI. Veremos qué dice mi jefe al respecto... De todos modos, usted debió prolongar la conversación, tal como le pedí, señor Gessell.

—Ah, pues... Bueno, no lo he recordado... Me ha enfurecido tanto que...

—Sí, comprendo. Esto resulta un poco extraño... En fin, creo que por ahora todo está bien. ¿Nos vamos, señorita Wilkes? No quisiera que usted perdiese sus proyectos para el fin de semana por culpa del FBI.

—Respecto a eso —saltó Gessell—, temo que... Bueno, Eve, con todo esto, hoy no hemos despachado los asuntos que... Vaya, no sé cómo decírselo...

—Vendré mañana por la mañana, señor Gessell —sonrió Eveline—. No tenía nada especial para este fin de semana.

—Menos mal. Bueno, pase antes por el despacho, y recoja todo lo que dejamos allí pendiente. ¿Le gustaría almorzar con nosotros después de terminar el trabajo? Si viene a las nueve, yo creo que estaremos listos antes de la una.

—Sí, con mucho gusto. Adiós. Hasta mañana, señora Gessell.

—Hasta mañana, querida. Es una lástima que el señor Vaine no sea de verdad su novio: lo invitaríamos también. ¿Qué dice usted, señor Vaine?

—Me temo que no soy el hombre adecuado para la señorita Wilkes —sonrió Vincent—. De todos modos, señora, es usted muy amable. Y encantadora, de veras. Ya les llamaré para decirles cómo termina todo esto.

—¿Lo de su noviazgo con Eve? —rió Harriett.

—Lo de la broma del rapto —corrigió Vincent, también tiendo—. Adiós.

Poco después, Eveline y Vincent estaban en el coche de ella, que tomó el volante.

—¿Lo llevo a la Delegación? —murmuró la muchacha.

—¿Eh...? —La miró el

G-man,

todavía absorto—. Oh, sí... Sí, gracias, señorita Wilkes. Aunque... No, no, no. Ya la hemos molestado bastante. Si le va a usted bien,

déjeme en el cruce de la Segunda Avenida y la Calle Cincuenta y Nueve. Luego, puede irse a su casa.

—Como guste.

Pocos minutos después, el coche se detenía, y Vincent abrió la portezuela, dispuesto a apearse.

—Adiós, señorita Wilkes. Gracias de nuevo.

—Adiós —murmuró; la muchacha, mohína; pero, cuando el G-man hubo salido ya del coche, lo llamó—: ¡Señor Vaine!

—Sí, dígame —asomó la cabeza por la ventanilla el agente del FBI.

—Me gustaría saber —dijo ella, sofocada por la irritación— de dónde ha sacado usted que no es el hombre adecuado para mí, señor Vincent.

Y partió como una centella, casi derribando a Vincent sobre la acera.

Lo que dio lugar a que cuando el G-man entró en el coche, todavía estuviese sonriendo, ante el asombro un tanto inquieto de Red Irving, que preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada importante. ¿La has visto?

—No muy bien, Pero parece bonita. Y esos cabellos tan largos, tan rubios... Bueno, yo diría que ha salido disparada como quien está bastante enojado, ¿no?

—Al parecer no le ha gustado que yo dijera que no soy su tipo.

—¿Qué?

Vincent encogió los hombros, y señaló el receptor-grabador, que de nuevo había alzado del asiento.

—Supongo que lo has oído todo —murmuró.

—Sí, claro. Todo esto ha sido una tontería... Bueno se va a poner el jefe cuando lo sepa.

—¿No le has llamado por el radioteléfono para decírselo?

—No. Estaba convencido de que vendrías a buscarme, para regresar juntos a la Delegación. Te diré una cosa: si yo fuese el jefe, haría todo lo posible por localizar al bromista y darle una buena lección.

—Ojalá todos los casos se resolvieran así, Red. Es mucho mejor

soportar una estúpida broma que atender un caso de auténtico rapto. ¿Has escuchado lo que han hablado los Gessell después de marcharnos la señorita Wilkes y yo?

—Sí, para mi vergüenza. Bueno, quiero decir que se han dedicado a arrullarse, y tengo la impresión de que se han estado besando. Luego, han salido del despacho, así que hemos perdido toda información.

—¿Estás seguro de que no han dicho nada importante?

—¿Importante? No sé si te entiendo, Vin... ¿Por qué no pasas la cinta y escuchas todo lo grabado?

—Buena idea: no se me habría ocurrido nunca —ironizó Vincent.

—Muy gracioso —masculló Irvin.

Y puso el coche en marcha.

* * *

—Bueno —dijo el inspector Lorigan—, de todas formas, estoy de acuerdo con Vin: siempre es mejor una broma que un rapto auténtico.

—¿No vamos a darte una lección al bromista, señor? —se interesó Irwing, mosqueado.

—Deberíamos hacerlo, desde luego —asintió Lorigan—, pero, lamentablemente, el FBI siempre tiene cosas más importantes que hacer, así que quizá convendría olvidar el asunto... ¿Qué ocurre, Vin?

Vincent Vaine, que estaba contemplando la fotografía-dibujo conseguida por un experto del FBI bajo el dictado de la señora Payne, movió negativamente la cabeza.

—Nada, señor. Contemplaba este rostro. Es de lo más vulgar, salvo esta pequeña cicatriz bajo el pómulo derecho... La señora Payne, es una buena observadora.

—Es una mujer dinámica e inteligente —aseguró el G-man

Ryder, que había asumido el papel de electricista—. Y desde luego, su mirada es muy perspicaz. Cuando llegó a su apartamento, Samuels y yo la estábamos esperando, y ella se puso en situación enseguida. Yo creo que disfrutó un horror colaborando con el FBI.

—Personas así son las que hacen falta —suspiro Lorigan—.

Bueno, muchachos, vamos a dejar esto, por el momento. Precisamente, esta tarde han llamado para...

—¿Va a necesitarme a mí, señor? —preguntó Vin.

El inspector Lorigan se quedó mirándolo atentamente. Conocía muy bien a Vincent Vaine.

—Siempre os necesito a todos —dijo—. Pero podría prescindir de ti si valiese la pena, Vin. Decide tú mismo...

—No creo que se perdiese gran cosa dedicando unas horas más a este asunto, señor. Tengo la impresión de que está ocurriendo algo... raro, algo que escapa a nuestra comprensión.

—Pues a mí me parece todo muy claro —opinó Irwing para añadir en seguida, no poco mosqueado—: Lo único que no me gusta es dejar sin premio al bromista.

—Tenemos la dirección de la señorita Wilkes, supongo, señor —susurró Vincent, pensativo.

—Desde luego. ¿Te interesa?

* * *

Eveline Wilkes se quedó mirando estupefacta a su muy inesperado visitante. Y de pronto, enrojeció.

—Señor Vaine...

—Buenas noches, señorita Wilkes. ¿Puede recibirme?

—Pu... pues... sí, sí, desde luego... Pase, por favor.

—Gracias.

La muchacha cerró la puerta y se quedó mirando al G-man,

que a su vez la contemplaba afablemente. Lo importante, de todos modos, era mirarla. Valía la pena. Eveline llevaba puesto solamente un albornoz azul, tan cortito... Y su larga cabellera rubia, todavía húmeda, parecía talmente una bella pincelada de sol.

—Usted dirá, señor Vaine...

—Temo que he llegado en un momento muy inoportuno: ¿se estaba usted bañando?

—Ya... ya había terminado.

—Menos mal. La entretendré muy poco, señorita Wilkes. Sólo he venido a pedirle un pequeño favor, casi de índole... personal. Lo cierto es que mi jefe ha preferido dar el caso por resuelto, ya que tenemos cosas más serias que una broma, pero en cuanto a mí se

refiere, no estoy muy conforme con lo sucedido.

—Me parece que no le entiendo bien, señor Vaine, pero con mucho gusto le haré ese pequeño favor, si está a mi alcance.

—Yo creo que sí —murmuró el

G-man;

abrió su portafolios y sacó la fotografía-dibujo, que entregó a la muchacha—. ¿Conoce usted a este hombre? Le ruego que no se dé prisa en la respuesta.

Eveline tomó la cartulina, y dedicó un tiempo muy satisfactorio, en opinión de Vincent, para examinar aquel rostro masculino. Pero, finalmente, movió la cabeza en sentido negativo.

—No. No le conozco.

—¿Está usted segura? Puesto que de una broma se trata todo este asunto... Oh, perdón, usted no sabe que este hombre es el que llevó el mensaje que recogió la señora Payne, claro.

—No, no lo sabía.

—Pues es él, más o menos. He pensado que, puesto que de una broma se trata, muy bien podría ser este hombre uno de los amigos del señor Gessell.

—Si lo es, yo no le conozco... Y conozco yo diría que a todos los amigos íntimos de mi jefe, señor Vaine. Lo bastante íntimos, al menos, para gastar una broma tan desagradable.

—Entiendo. Buenas noches, señorita Wilkes... Y muchas gracias.

—¿Se va usted ya?

—Pues sí —el

G-man

alzó las cejas, como preocupado—. Salvo que usted precise la ayuda del FBI. ¿Está en algún apuro?

—No... No, no. No es eso... Bueno, yo quería que usted disculpe mi brusquedad de antes. Pude lastimarlo al arrancar tan bruscamente.

—Eso es cierto. En cuyo caso, sería una de las diez personas más buscadas por el FBI.

—¡Oh!

—No se asuste. Era sólo una broma. ¿Está bien...? ¿No necesita nada? Quisiera hacerle comprender que cuando una persona colabora con el FBI, el FBI asegura y garantiza para siempre el bienestar de esa persona; somos agradecidos. Y también en lo

personal, naturalmente. Quiero decir que agradezco mucho que usted opine que sí soy su tipo... ¿O no fue eso lo que quiso decirme cuando casi me derribó en la acera?

—Pu... pues... Bueno, yo...

—Sin tapujos, señorita Wilkes. Comprenda que yo necesito saber si debo estarle agradecido por su buena opinión sobre mí. ¿Quiso decir que yo sí era su tipo?

—Bueno, yo... Usted es tan... Me parece que sí es mi tipo —enrojeció de nuevo Eveline—. Pero eso no es sorprendente en un hombre como usted: debe ser el tipo de muchas mujeres.

—No se puede decir que sea un fracasado, desde luego —admitió socarronamente el

G-man

—. Vaya, muchas gracias. Naturalmente, ha conseguido usted mi agradecimiento personal. Adiós.

—A... adiós...

Eveline abrió la puerta, y miró a Vincent, todavía un poco sofocada. El

G-man

pareció recordar algo de pronto.

—Ah, señorita Wilkes... Hay un pequeño detalle en el que me gustaría que usted colaborase también. Ya que se ha iniciado este asunto, deberíamos... resolverlo lo más completamente posible, ¿no le parece?

—Sí, sí, desde luego.

—¿No tendría usted alguna fotografía suya en bikini?

—¿Cómo? —exclamó ella.

—Le pregunto si tiene usted una fotografía suya en bikini. Es primordial para este caso. ¿La tiene?

—Sí... Tengo varias, claro... ¿Quiere usted verlas?

—Se lo agradecería mucho. Es importante de veras.

Eveline asintió, y fue al dormitorio, regresó con algunas fotografías, que entregó al

G-man.

Éste las fue pasando, impávido el rostro, y por fin separó la más despampanante de todas y se la guardó en un bolsillo, devolviendo las restantes.

—Muchas gracias, señorita Wilkes.

—De... de nada. Pe... pero yo no... no entiendo qué puede tener que ver una fotografía mía en bikini con todo este asunto del rapto, de la broma...

—Me parece que no me ha entendido usted bien —se sorprendió Vincent—. Su fotografía no guarda relación alguna con ese caso, sino con el nuestro. De usted y mío, ¿comprende? Puesto que, según parece, yo soy su tipo, yo quisiera echarle unos detenidos vistazos a usted a fin de tomar una decisión respecto a si también usted es mi tipo. Gracias por su atención y buenas noches, señorita Wilkes.

Dicho esto, el

G-man

salió del apartamento, cerrando por sí mismo la puerta.

Y dejando a Eveline Wilkes sumida en el más profundo de los estados letárgicos.

CAPÍTULO IV

—¿De verdad se encuentra bien? —se interesó Xavier Gessell—. La encuentro como distraída, aturdida... Si se siente indispuesta, podemos dejar esto para el lunes, Eve.

—¿Qué? —Bajó la secretaria de las nubes.

—Le decía que...

—Oh, no, no... Estoy bien, de veras, señor Gessell. Perdome, creo que me he distraído un poco.

—¿Un poco? —sonrió Gessell—. Vaya, yo diría que usted todavía no se ha despertado, querida amiga. Y son ya las diez y media de la mañana. Bien... ¿por dónde íbamos?

—¿Por dónde íbamos..., de qué?

—Le estaba dictando una de las cartas que quedaron pendientes ayer.

—Oh... ¡Ah, sí! Sí, perdón... Íbamos por... «respecto a los nuevos precios que...».

—Después de eso, le he dictado un par de párrafos más, Eve.

—¿Sí?

—Lo juro —alzó una mano Gessell, echándose a reír.

—Bu... bueno, yo... Sí, estaba... distraída... Si no le molesta repetir lo del bikini, tomaré...

—¿Lo de qué? —Respingó Gessell.

Eveline Wilkes enrojeció como nunca. Pero la campana la salvó del knock out total: sonó una llamada a la puerta. Gessell, tras contemplar estupefacto a su secretaria durante unos segundos, autorizó la entrada.

—Sí, adelante.

El mayordomo Bishops apareció en la puerta del despacho, impecable, impertérito.

—Perdone que le moleste, señor, pero han traído un recado muy urgente para usted.

—¿Un recado? —Palideció Gessell—. ¿Una carta? ¿Está la señora en casa...?

—No es una carta, señor, sino una gran caja. Y la señora está en casa, en efecto.

—Ah —suspiró Gessell—. ¿Una caja? ¿Qué contiene?

—Lo ignoro, señor. Han venido dos hombres en una camioneta, han dejado la caja después que yo he firmado el recibo, y se han marchado, pidiéndome que se la entregue a usted con la máxima urgencia.

—Bien... Bueno, Bishops, tráigala al despacho, por favor.

—Sí, señor.

El mayordomo se alejó. Y Gessell, perplejo, miró a Eveline, que todavía estaba un poco sofocada.

—Espero que a ningún cretino se le haya ocurrido enviarme a domicilio algún envío de vestidos —masculló Gessell—. ¿Qué decía usted de un bikini, Eve?

—Yo... yo pensaba que... que puesto que nos dedicamos a la confección de ropas para señora, podríamos fabricar también bikinis, señor Gessell. Eso mantendría un poco las ventas durante el verano...

—Vaya... La idea no es mala, desde luego. La tendré en cuenta —de pronto pegó un brinco—. ¡Pero qué es eso! —exclamó.

—La caja, señor —dijo Bishops, que la transportaba con la ayuda del chófer de la quinta—. Es tan pesada que me he permitido pedir ayuda a Steve. ¿Desea alguna cosa más, señor?

Los dos se quedaron mirando a Gessell, que a su vez contemplaba la caja, desconcertado. Era de madera, grande, muy bien clavada y además sujeta por cuerdas alrededor...

—No... No, Bishops; gracias a los dos. Pueden retirarse. Ayúdeme, Eve. Busque unas tijeras. A ver si yo con este abrecartas...

Eveline consiguió unas tijeras, con las que procedió a cortar las cuerdas, mientras Gessell iba aprovechando el tiempo usando el abrecartas como palanca, para ir despejando las bien clavadas tablas. Los dos terminaron en pocos segundos, y cada uno alzó una de las tablas ya desclavadas...

Otra broma.

Bruscamente pálidos, congelados de espanto, los dos se quedaron mirando a la mujer que había dentro de la caja cuadrada, en posición fetal, con las rodillas casi tocando la barbilla, que estaba muy alzada, de modo que pudieron ver al primer golpe de vista el rostro femenino, del color de la cera. Estaba amordazada, y sus ojos aparecían espantosamente abiertos, casi fuera de las órbitas. Eran como dos bolas de cristal destinadas a reflejar el más grande terror del mundo.

Eveline lanzó un alarido, retrocedió un paso, y cayó fulminada sobre la alfombra. Xavier Gessell también retrocedió un paso, y se quedó allí, en pie, pero vacilante, a punto de desmoronarse de un momento a otro, con los ojos casi tan desorbitados como la mujer de la caja.

La puerta del despacho se abrió a los pocos segundos, y Harriett Gessell apareció en el despacho, mirando a todos lados, asustada, demudada.

—¡Xav! ¿Qué ocurre? ¿Quién...? ¡Eve! —Vio a la muchacha en el piso, y se precipitó hacia ella—. Xav, ayúdame... ¡Xavier!

Pero Xavier Gessell parecía incapaz de moverse, de reaccionar, fija su mirada en el contenido de la caja. Harriett se incorporó, se acercó a su marido, y lo tomó de un brazo, tirando de él. Fue a decir algo, pero en aquel momento, ella también vio a la mujer.

Y, siguiendo el ejemplo de Eveline Wilkes, la señora Gessell se desmayó.

* * *

Todavía durante unos segundos más, el inspector Lorigan y Vincent Vaine estuvieron contemplando el cadáver de la mujer, que ya había sido colocado en una camilla, lista para ser trasladada a la Morgue, donde se le practicaría la autopsia, pese a que la causa de la muerte no podía estar más clara: la habían atado de pies y manos, la habían amordazado, y luego la habían estrangulado a mano limpia; se notaban las huellas de los dedos en torno al cuello, especialmente las de los pulgares, bajo la barbilla. Incluso los muy avezados

G-man

se habían estremecido al contemplar aquel cuadro trágico, brutal.

La pregunta que latía en sus mentes sólo podía ser una: «¿Qué clase de “persona” podía ser la que estaba capacitada para realizar aquel acto despiadado y horrendo?».

Por fin, Lorigan dejó caer la blanca sábana, e hizo una seña a los dos camilleros que aguardaban; luego, otra a Red Irwing, que asintió con la cabeza y salió en pos de aquéllos. Cerca de la puerta, inmóvil, estaba Mark Ryder, todavía un poco pálido, Harriett y Eveline estaban sentadas en el sofá del despacho, muy juntas, como buscando mutua protección. Gessell, de pie ante su mesa, estaba tan pálido como ellas.

—Bien... —murmuró Lorigan—. Entonces, señor Gessell, quedamos en que la víctima es Margo Tracy.

—Sí... Bueno, ahora se llama Margo Grooms: está casada con Dennis Grooms.

—Entiendo Sí, la cosa parece estar muy clara, sobre todo después de leer la nota que acompañaba el cadáver... ¿La ha visto usted, señor Gessell?

—No... Sólo vi a Margo, y... No sé... Cuando me di cuenta, les estaba telefoneando a ustedes... No sé nada más.

—Es horrible —sollozó Harriett—. ¡Oh, Dios mío, es horrible! ¡Pobre Margo...!

—Usted la vio ayer, ¿no es así? —preguntó de pronto Vincent.

—Sí... Sí, ya... ya les conté lo ocurrido, cuando regresé y ustedes estaban esperando aquella llamada...

—Sería conveniente que usted detallase mejor todo esto, señora Gessell —murmuró el G-man

—. Dadas las circunstancias actuales, ha adquirido gran importancia, como comprenderá.

—Sí... Pero bueno, yo... yo no sé nada, señor Vaine...

Sólo sé que encontré a Margo en

Fanny's

y nos pusimos a charlar. Luego fuimos a almorzar al Waldorf y después, nos separamos... Eso es todo, no sé nada más...

—Si no recuerdo mal, señora, su marido llamó «bruja» a la víctima.

—Sí,... Sí, bueno, es que... hace algún tiempo estaban... un poco enemistados. Pero Margo se mostró ayer tan razonable y

simpática... Dijo que nos llamaría cualquier día de éstos para invitarnos a cenar. Yo estaba tan contenta porque había conseguido eso... Era el primer paso para resolver esa tonta enemistad...

—Me parece encomiable su actitud, realmente, señora Gessell. Díganos: ¿Por qué estaban enemistados su marido y la señora Grooms?

—Era una idiota —intervino de pronto Gessell, con voz alterada, ronca—. Una completa idiota.

—¡Xavier! —protestó Harriett, aterrada.

—Sus palabras no son muy piadosas, señor Gessell —opinó Lorigan.

—¿Por qué piensa que Margo Grooms era una idiota? —entornó los ojos Vincent.

—Lo era en todo... Vivía como una loca, sólo pensaba en divertirse... Y hace apenas dos años se casó con un hombre más joven que ella, Dennis Grooms...

—¿Cuánto más joven, señor Gessell?

—Oh, por lo menos seis o siete años. Creo que Dennis tiene ahora unos treinta y cuatro o treinta y cinco, y Margo había cumplido ya los cuarenta.

—No me parece una desproporción tan terrible, francamente. Las hay mayores, señor Gessell.

Éste enrojeció, miró a su joven esposa, y de nuevo al agente del FBI.

—Ya sé que yo le llevo a Harriett bastante más años, señor Vincent. Pero es diferente la cosa cuando quien tiene más edad es el hombre. Por otra parte, ni Harriett ni yo somos idiotas. Los dos somos personas... razonables, educadas.

—Ya me he dado cuenta de eso, en efecto. ¿No era... educada ni razonable la señora Grooms?

—Bueno... Era una mujer de mundo, desde luego. Lo que quiero decir es que vivía como... como si la vida fuese un juego. Todo le parecía fácil, divertido, sin importancia... Ésa fue la causa de nuestra ruptura.

—¿Qué clase de ruptura? ¿Intima?

—No, no —se escandalizó Gessell—. ¡Por Dios, jamás se me habría ocurrido tener esa clase de relaciones con Margo! Eso se queda para alegres gigolós, como Dennis. Margo y yo nos

disgustamos por cuestiones de negocios. Yo dirijo la General Confections, además de ser uno de los mayores accionistas... Bueno, prácticamente, sólo somos... éramos dos accionistas, en estos últimos años: Margo y yo. Si ella se hubiese limitado a cobrar sus beneficios, todo habría ido bien, pero intentó enseñarme cómo dirigir el negocio... Si le hubiese hecho caso, la compañía ya habría quebrado.

—Entiendo. ¿Qué pasó exactamente?

—Pues que la envié al infierno, y le dije que ella daría órdenes en la compañía cuando tuviese la mayoría de las acciones, y que mientras tanto, yo era quien mandaba allí. Desde entonces, no volvió a aparecer por mi despacho..., cosa que me alegró infinito.

—¿Ya no se hablaron más?

—No. Cada final de temporada, yo le enviaba un cheque con sus beneficios, y eso era todo.

—¿Ya estaba casada ella cuando se disgustaron?

—Sí. Sí, sí... Se casaron casi un año antes que Harriett y yo. Estuvieron invitados en nuestra boda, pero poco después, ella empezó a importunarme, y ocurrió todo eso. Al principio, intenté comprarle sus acciones, para quitármela de encima, pero se negó. Hay que admitir que al menos tenía buen olfato para saber que nuestro negocio es bueno.

—Entonces, no era tan idiota —murmuró Vincent.

—¿Qué?

—Nada... Nada, señor Gessell.

—Escuche, si usted está pensando que para conseguir esas acciones de la compañía, yo he tramado una cosa como ésta...

—Por favor —protestó Vincent, muy sorprendido—. Nada de eso, señor Gessell. ¡Pero si la cosa no puede estar más clara...!

—Estará clara para usted, pero para mí, no. De ningún modo puedo ver claro que me envíen a mi casa el cadáver de Margo.

—Cálmese, señor Gessell. Ocurre que usted no ha leído la nota que había en la caja... ¿Quiere leerla ahora, por favor?

Lorigan la tendió a Vincent, quien la puso en manos de Xavier Gessell. La nota decía:

«Le devolvemos a su esposa: Ya le advertimos que no avisase a la policía, y menos, al FBI».

—¿Lo entiende ahora? —inquirió Lorigan.

—Pero... Bueno, no sé... Creo que no. ¿Por qué dicen que me devuelven a mi esposa...?

—Es obvio, señor Gessell, que han confundido a Margo Grooms con su esposa.

—¿Cómo? —Quedó estupefacto Gessell.

—Volvamos atrás... Su esposa encontró ayer a Margo Grooms, y estuvieron charlando, fueron a almorzar juntas. Evidentemente, las vieron juntas, y alguien señaló a los secuestradores, diciendo algo así: «Allá va ella; atrapadla...». Luego, la persona que dirigía el rapto, dejó solos a sus cómplices, que, por supuesto no conocían ni a su esposa ni a Margo Grooms. De modo que... haciendo un lógico cálculo instintivo de edades de ambas damas, llegaron a la conclusión de que la señora Gessell era la de más edad, digamos más... acorde con la de usted. Y como no la conocían, ni siquiera se les ocurrió que la persona que les había encargado el asunto hubiese señalado a la más jovencita, a su esposa, señor Gessell. Así que, raptaron a Margo Grooms mientras su esposa se dedicaba a sus cosas tranquilamente, el resto de la tarde, y por fin, tan campante, si me permite la expresión, regresaba a casa.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Está usted diciendo que los secuestradores estaban convencidos de que tenían a mi esposa?

—Evidentemente. Y, al parecer, siguen convencidos de ello, ya que se la han devuelto, con esta nota. Usted les gritó que se fuesen al demonio y que había usted avisado al FBI si no estoy muy mal informado... Y ellos la han matado y se la han devuelto, por no haber cedido a sus condiciones.

—No puede ser... ¡La propia Margo les habría dicho quién era ella, habría aclarado que no era Harriett...!

—Hay diversos factores a tener en cuenta en esta faceta, señor Gessell. Uno de ellos es que, posiblemente, metieron a Margo Grooms más o menos a la fuerza en su coche. La narcotizaron de inmediato, eso es corriente. Y cuando ella despertó, estaba atada de pies y manos... y amordazada. En estas condiciones, pocas explicaciones podría dar..., en el supuesto de que se las hubiesen pedido. Lo más inteligente en estos casos por parte de los secuestradores, es permanecer ocultos a la mirada de la víctima, o bien, cubrir sus rostros con pañuelos, o medias de mujer... En

cuanto a hablar, procuran evitarlo, pues las voces, un día u otro, pueden también ser identificadas.

—Sí... Sí, comprendo... Bueno —se estremeció—, no puedo decir que... que lamente este error de los secuestradores, inspector.

—Oh, Xav, por Dios... —gimió Harriett.

—Lo que ha dicho su esposo es comprensible, señora —murmuró Vincent—. Aunque, claro está, si hubiese sido usted la secuestrada, las cosas habrían sucedido de otro modo.

—¿De... de otro modo? —Abrió mucho los ojos Harriett.

—Quiero decir que su esposo no habría enviado al demonio al hombre que le llamó convencido de que tenía a la señora Gessell en su poder... Creo que ahí llega Samuels, señor —se volvió hacia el inspector Lorigan.

—Ve tú mismo a darle instrucciones, por favor. Y ayúdale con lo del mayordomo, el chófer... En fin, con todos los de la casa que vieron a los dos hombres que trajeron la caja con el cadáver. Por el momento, creo que aquí ha quedado todo explicado. A ver si sacamos algo en claro con eso.

* * *

—Sí, señor —asintió Bishops—, estoy completamente seguro: éste es uno de los hombres que trajeron la caja.

—Ha sido usted de una gran ayuda, señor Bishops —murmuró Lorigan—. Le estamos muy agradecidos... Espero que podamos contar con usted si llegase el caso de realizar una identificación personal.

—Desde luego que sí, inspector —aseguró el mayordomo—. Yo no soy de esos testigos que se asustan. Si ustedes atrapan a esos asesinos, yo iré a identificarlos.

—De nuevo muchas gracias. Puede retirarse.

Bishops salió del salón, y Lorigan miró expectante al dibujante del FBI, que movió la cabeza afirmativamente.

—Primero me dictó la del otro señor —dijo—. Y yo creo que ese mayordomo es un buen fisonomista. Cuando empezó a dictarme el rostro del sujeto que vio la señora Payne en la General Confections, le enseñé el dibujo que hice con ella, y en seguida dijo que era el mismo hombre.

—Bien. —Lorigan contempló las fotografías-robot de aquellos

dos hombres, realizadas por el experto Samuels—. Ya tenemos a dos. Y como esto ha pasado de ser una broma, ordenaremos su búsqueda. Haremos unos cuantos miles de copias, y las repartiremos por toda Nueva York.

—Quizá estén ya muy lejos de aquí, señor. No olvide que tienen, por lo menos, una camioneta.

—Bishops nos ha descrito también la camioneta, señor —dijo Vincent—: una «Ford» modelo sesenta y seis, color paja. Incluso ha recordado parte de la matrícula... Aquí lo tengo anotado.

—Es una joya de mayordomo, ¿verdad? —sonrió Lorigan.

—Bueno —sonrió también Vincent—. Si alguna vez tengo una quinta como ésta, veré de contratarlo para mí. Siempre me ha hecho mucha gracia tener alguien que me prepare el baño y me diga qué traje debo ponerme para estar a tono con el día y la hora.

—Pues no eres tú listo ni nada —sonrió a su vez Samuels.

—Tonto no soy —admitió Vincent—. ¿Y usted, señor?

—Tampoco —aseguró Lorigan—. Supongo que estás hablando de la discrepancia de horarios sobre la primera nota.

—En efecto, señor. Y también del estrangulamiento de la señora Grooms. Por cierto, el marido quizá esté ya en la Morgue. El inapreciable Bishops se encargó de avisarle.

—Iremos allí, a charlar con él. Pero antes de marcharnos, tú y yo vamos a asegurarnos de esa discordancia en la hora. ¿Qué te parece si tú haces la pregunta a la señorita Wilkes y yo a la señora Gessell?

—Usted siempre tan amable, jefe.

—Lo haremos por separado. Samuel, tú y Ryder esperadnos en el coche.

—Okay. A lo mejor, allí me entero de todo lo que están hablando usted y Vin: no he entendido una sola palabra.

Lo entendió muy poco después, cuando Lorigan y Vaine se metieron en el coche, a cuyo volante estaba Mark Ryder, que preguntó:

—¿A la Morgue, señor?

—Sí.

—Bueno —dijo Samuels—, ya sé que mi especialidad no es la investigación, pero me gustaría saber de qué va la cosa, señor.

—Era muy sencillo. La señora Gessell ha dicho que almorzó con Margo Grooms; solamente pudieron raptarla después de almorzar.

Es decir que, teniendo en cuenta que la señora Grooms y la señora Gessell se despidieron delante del Waldorf casi a la una y media, tuvieron que secuestrarla a partir de la una y media. ¿De acuerdo?

—Claro —parpadeó Samuels.

—Bueno —murmuró Vincent—, pues la señorita Wilkes asegura sin vacilar lo más mínimo que el mensaje en el que se le decía al señor Gessell que tenían a su esposa llegó al despacho de éste hacia la una, muy poco después de que ella y su jefe hubiesen reanudado el trabajo después de almorzar juntos en la cafetería de la compañía.

Samuels volvió a parpadear.

—Pero eso no es posible... ¿Verdad?

—¿A ti qué te parece?

—Caramba, yo digo que no es posible. Si a la una aún no habían secuestrado a Margo Grooms..., ¿cómo habían de enviar ya el mensaje diciendo que tenían a la señora Gessell?

—Quizá esos secuestradores sean imbéciles —sugirió Vincent.

—O quizá estaban tan seguros de que lo iban a conseguir, que decidieron ahorrar tiempo enviando el mensaje por anticipado —sugirió seguidamente Lorigan.

Samuels quedó pensativo unos segundos. Luego dijo:

—O quizá la señora Gessell o la señorita Wilkes están mintiendo.

—Es listo el muchacho —aprobó Vincent—. Caramba, señor, yo creo que estamos utilizando a un mal dibujante y perdiendo a un excelente investigador.

—Oye, tú... —Se mosqueó Samuels.

—Tranquilo, chico. Ocurre que has olvidado una última posibilidad.

—¿Cuál?

—Que tanto la señora Gessell como la señorita Wilkes estén diciendo la verdad, y que estén algo confundidas sobre la hora. De la una, a la una y media, no hay un siglo, me parece. Es fácil confundirse en media hora.

—Eso es cierto —admitió Samuels—. Pero estoy seguro de que la señora Payne podría decirnos qué hora era exactamente. Al segundo.

—Lo cual no excluye que la señora Gessell sí estuviera equivocada, y que, en lugar de ser cerca de la una y media, como

ella dice, fuese solamente cerca de la una. De todos modos, si te parece divertido, podrías ir a ver a la señora Payne.

—Pues oye, hace un café soberbio. Y es lista y simpática... Lástima que haya ido a pasar el fin de semana al campo, con una de sus hijas que tiene una granja, o algo así...

—Te subes a un coche y vas a esa granja —dijo Lorigan.

—Es que... no recuerdo donde me dijo que era, señor.

Vincent Vaine suspiró resignado.

—Es mejor que sigas de dibujante —sugirió—. Pero, en tu honor, el jefe y yo vamos a charlar del estrangulamiento de la señora Grooms. ¿Usted que opina, señor?

—Oigamos primero tu teoría.

—Me parece que vamos a coincidir: es absurdo que la hayan estrangulado.

—De acuerdo... —admitió Lorigan—. Completamente de acuerdo, Vin. Pero sigue, porque Samuels todavía no lo ha entendido.

—Pues yo tampoco muy bien —dijo Mark Ryder—. ¿Por qué es absurdo que la hayan estrangulado?

—Pudieron matarla de unos cuantos navajazos susurró Vincent Vaine, reflexivo. —O de unos cuantos balazos.

—¿Cuál es la diferencia?

—Mayor comodidad. Menos brutalidad, en mi opinión, para estrangular a una persona es necesario estar enzarzado con ella en una lucha a muerte, de supervivencia; o bien, no disponer de ningún arma; o bien...

—Quizá esos tipos no dispongan de armas.

—O bien —terminó Vincent, tras dirigir una mirada conmisericordiosa a Samuels—, sentir un profundo odio hacia la víctima. Un odio feroz, que complicaría el... ensañamiento que hace falta para estrangular a una mujer atada de pies y manos y amordazada. Como yo dudo mucho que la señora Grooms estuviese en condiciones de luchar por su vida, descartaron la primera hipótesis. Luego, eso de que unos tipos de esa calaña no dispongan ni siquiera de una mala navaja o una pistola, no se lo cree ni un niño... De modo que sólo nos queda la tercera hipótesis.

—Y de ahí vamos a pasar a otra hipótesis —añadió Lorigan—: para matar con ese... odio, ese ensañamiento a una persona, hay

que conocerla. Quiero decir, que no podemos odiar de semejante modo a un desconocido o desconocida. Y entonces, llegamos a una conclusión final... ¿No es cierto, Vin?

—Sí, señor. Y espero que sea ésta: quien mató a Margo Grooms la conocía y la odiaba. O sea, que eso de que la han matado por error, es un cuento chino.

—Última pregunta —sonrió Lorigan—: ¿conocemos a alguien que pudiera sentir determinada medida de odio hacia Margo Grooms?

—Yo diría, señor —se explicó Ryder, al volante—, que esa pobre señora, no le caía nada bien al señor Gessell.

—Entonces... —Abrió mucho los ojos Samuels—, ¿ha sido el señor Gessell quien ha estrangulado a Margo Grooms?

—Bueno... —vaciló el inspector del FBI—. Veamos primero a qué hora nos dice el forense qué falleció esa desdichada. Y luego, haremos lo posible por enterarnos dónde estaba Xavier Gessell a esa hora.

—Yo creo que no estaría de más cuidar ese «pequeño» detalle —sentenció Vincent.

—Caballeros —dijo Ryder—: Avistaremos la Morgue dentro de un minuto.

CAPÍTULO V

En efecto, Dennis Grooms estaba allí. Un poco demudado, pero al parecer, sereno. Era un hombre alto, apuesto, de ojos claros y mandíbula recia. Con seguridad, debía tener una sonrisa simpática, y no cabía duda de que era desenvuelto. Tampoco podía caber la menor duda de que era un hombre que debía gustar a las mujeres tan sólo al primer vistazo.

Lorigan se presentó y presento a sus agentes Vaine y Ryder; Samuels había partido en un taxi hacia la Delegación, para ocuparse de que se imprimieran unos miles de copias de los dibujos-robot. En cuanto a Red Irwing, había recibido a su jefe y compañeros en la entrada de la Morgue, para decirles que Grooms había llegado y que los estaba esperando.

—Ha sido en verdad muy lamentable, señor Grooms —dijo el inspector del FBI—. Pero, como comprenderá, debido al error que padecieron los secuestradores, nosotros no pudimos tomar cartas en el asunto que le he explicado. Al ver a la señora Gessell sana y salva, dimos por terminado felizmente el caso.

—Sí claro... Lo comprendo.

—No es que pretenda crearle un complejo de culpabilidad, pero quizá si usted se hubiese interesado por el paradero de su esposa durante esta noche...

—¿Qué dice? —exclamó Grooms—. ¡Claro que lo he hecho! He puesto en pie a la mitad de la policía de Nueva York, he llamado a docenas de hospitales, he telefoneado a cientos de amigos, he...

—No sabíamos eso.

—Pues puede usted enterarse a su gusto, señor —refunfuñó el reciente viudo—. ¡Demonios, dice que no me he interesado...! ¡Pero si no he pegado un ojo en toda la noche!

—Bien, bien —se turbó Lorigan—. Perdona, no lo sabía.

—Dice usted que llamó a cientos de amigos —murmuró Vincent—: ¿no se le ocurrió llamar a Gessell, señor Grooms?

—Pensé en ellos. Pero sabía que la casa de los Gessell sería el último lugar donde podría encontrar a Margo, así que no llamé.

—Sí, ya sabemos algo sobre eso. Sin embargo, precisamente ayer, la señora Gessell y la esposa de usted almorzaron juntas. Queda claro que se reconciliaron.

—Ah... Bueno, espléndido. No lo sabía. Pero no me sorprende eso habiendo intervenido Harriett. Ella es... es...

—Encantadora —le ayudó Vincent.

—Sí... sí, ésa es la palabra, ciertamente. Harriett me gustó en cuanto la vi... Bueno, entiendan... Quiero decir que ella es tan bonita... Bien...

—Le entendemos, señor Grooms. Y además sabemos que la señora Gessell es una persona muy agradable.

—Es cierto. Sentí mucho dejar de verla a ella y a Xavier por culpa de Margo. Un momento —frunció el ceño—. Quizá mis palabras les están haciendo pensar algo... inadecuado, señores.

—Nosotros no pensamos nada —mintió beatíficamente Lorigan.

—Ya. Bueno, no niego que Harriett, y otras chicas como ella, son muy de mi agrado, pero... soy una persona razonablemente seria, tengo un límite de conducta, ¿comprenden?

—No muy bien, señor Grooms —volvió a mentir Lorigan, con cara de auténtico tonto.

—Demonios, lo que quiero decir es que me gustan las chicas como Harriett, o como esa secretaria de Xavier, por ejemplo... Es natural, ¿no?

—Muy natural —gruñó Vincent.

—Pero eso no significa que me llevase mal con Margo. Ella y yo nos entendíamos bien. Los dos sabíamos a qué atenernos, y nos portábamos sensatamente. Yo me casé con ella por su dinero, ella lo sabía, yo cumplía, y los dos estábamos contentos. Bien... No sé si me he explicado...

—Lo ha hecho muy bien, señor Grooms. Hemos entendido que aunque no amaba a su esposa digamos... demasiado, respetaba su matrimonio, convivían bien, etcétera.

—Algo así. Además, eso de no amarla... Vaya, no es que fuese el

amor de mi vida, pero...

—Sí, sí, sí, entendemos eso. Francamente, no es nuestro objetivo incomodarle a usted. Le hemos avisado, porque es natural. Y si le hemos rogado por medio de nuestro compañero que nos esperase, era para hacerle alguna pregunta que usted va contestando muy satisfactoriamente. Quedamos, entonces, en que la última vez que usted vio a su esposa, fue...

—Ayer por la mañana. Yo me fui al club de tenis, y ella dijo que tenía que hacer algunas compras. Quedamos en vernos allí, para almorzar juntos. Lo hacemos con frecuencia. Mmmmm... Bueno, yo estaba tan entusiasmado jugando al tenis que cuando me di cuenta era más de la una. Pensé que Margo no me había entendido, y que quizá me estuviese esperando en casa, así que llamé allí, pero me dijeron que ella no había llegado. Entonces, estuve esperándola hasta más de las dos, irritado en verdad... Tenía apetito, y su retraso era excesivo. Me pareció una desconsideración por parte de Margo. Bien... Hacia las dos y media, comencé a preocuparme, empecé a hacer llamadas... Y se puede decir que ya no he parado hasta que me han avisado para que viniese aquí.

—Entendido, señor Grooms. Dígame: ¿Conoce usted a alguien que odiase a su esposa?

Dennis Grooms quedó estupefacto.

—¿Odiar a quién? ¿A Margo? ¡Claro que no!

—Todo es posible, señor Grooms.

—No, no, no... ¡De ninguna manera! Bueno, todos tenemos antipatías por ahí, claro, pero no Margo. Quiero decir que no esa clase de antipatías, por supuesto.

—Ya veo. ¿Alguna otra clase de antipatías?

—¿Y yo qué sé? Bueno, está ese tonto asunto con Xavier Gessell, claro... Oh, vamos, es una tontería. Discutieron por no sé qué cosa de la compañía, pero dejaron de verse, Xavier le enviaba el dinero a Margo por medio de un cheque, y eso era todo.

—Sí, sabemos eso. Por cierto: ese dinero, claro será usted quien lo reciba ahora, ¿no, señor Grooms?

Primero, Dennis Grooms pareció mosquearse, pues frunció el ceño con clara hostilidad. Pero, de pronto, comenzó a sonreír, y acabó por soltar una carcajada seca, amarga.

—¡Supongo que es una broma! —exclamó.

—No vemos la broma por ningún lado, francamente. Si ella era su esposa...

—Escuche, señor, Margo tiene algún dinero, unas poquitas acciones de diversas cosas... Miseria. Eso sí será para mí, supongo. Pero su fortuna está basada en las acciones de la General Confections, y eso sí que es un buen bocado. Sólo que no seré yo quien lo engulla.

—¿Quién, entonces?

—Demonios, pero si eso lo sabe todo el mundo: Xavier Gessell.

—¿Cómo? —Respingó Lorigan.

Dennis Grooms fue mirando de uno a otro

G-man,

con cierta expresión burlona en su simpático rostro.

—No sé qué han estado pensando ustedes al querer hablar conmigo, pero presiento que tenían una opinión algo equivocada sobre mí. Miren, uno de los estatutos de la General Confections indica: al fallecimiento de uno de los accionistas, todas sus acciones pasan a poder de los demás accionistas, repartidas proporcionalmente al número de las que ya posean. Es decir, que Xavier Gessell se va a quedar prácticamente con todo; repartirá veinte o treinta entre cuatro desgraciados, y todo lo demás será de él.

—¿Gratis? ¿No le cuestan nada esas acciones?

—Oh, sí. No sé cuánto, pero sé que los que vayan recibiendo acciones de los socios fallecidos, tienen que pagar algo por cada una; pero esa cantidad tiene que ser reinvertida íntegramente en la compañía, para su mayor expansión, prosperidad, etcétera.

—O sea, que puesto que la General Confections es ahora prácticamente de Gessell, lo que él pague es como si se lo pagase a sí mismo.

Dennis Grooms se rascó la coronilla.

—Supongo que así es, claro. Y si luego realiza el minúsculo gasto de adquirir todas las demás acciones de la compañía, será el dueño absoluto de ella.

—Y la mitad le habrá salido gratis.

—Sí... Sí, claro. Si invierte en su propia compañía. Sí, gratis, naturalmente.

Los hombres del FBI cambiaron miradas inexpresivas. Por fin,

Lorigan asintió con la cabeza.

—Ha sido usted muy razonable al aceptar nuestras molestias en estas circunstancias, señor Grooms. Y nos gustaría poder corresponderle de algún modo... ¿Podemos servirle en algo?

—De momento no se me ocurre nada —sonrió sombríamente el viudo—. Pero recordaré su amable oferta, señor. Oh, una sola cosa: ¿cuándo podré... disponer de... de Margo, para enterrarla?

—Después de la autopsia.

—Ah... ¿Va a haber autopsia?

—Ya debería haber empezado —gruñó Lorigan—. Por si usted pretende oponerse a ella, le diré...

—No. No, no... ¿Qué más da? —susurró lúgubrementemente Grooms—. Ella ya no... ya no... ¿Puedo marcharme? —decidió con brusquedad.

—Si ya ha identificado a su esposa, sí. Lo avisaremos cuando todo haya terminado.

—Gracias... Adiós.

—Adiós, señor Grooms.

—Yo diría que no es mal sujeto —comentó Ryder cuando ya no podía oírlo Grooms—. Demasiado guapo, claro. Más que Vin..., ¡que ya es decir!

Vincent se limitó a sonreír, y Lorigan dijo:

—Desde luego, no creo que se deshidrate a fuerza de llorar por su esposa, pero tampoco parece exactamente un viudo alegre. ¿Qué pasa con la autopsia, Red? ¿Por qué no está en marcha?

—Me dijeron que se ocuparían de ella en seguida, señor. Por el momento, tenemos todas las pertenencias de Margo Grooms en un paquete.

—Entiendo. Bueno, ve a buscar ese paquete, y lo llevaremos a nuestros laboratorios a ver si sacan algo en claro. Avisa para que nos llamen a la Delegación; cuando hayan terminado la autopsia... Ah, ¿mencionaron la hora de la muerte?

—Sugirieron que entre las dos y las cuatro de la madrugada.

—Extraña hora para entretenerse en estrangular a una mujer —murmuró Vincent.

El inspector Lorigan le dirigió una mirada de aprobación. Luego, palmeó en un hombro a Red Irwing.

—Te esperamos en el coche. Tú y Mark vais a tener que hacer

un pequeño trabajo. Vamos a ver si ponemos todo esto en marcha como es debido.

CAPÍTULO VI

Mark Ryder y Red Irwing entraron en el despacho de su jefe, captaron la seña invitadora de éste, y se sentaron en sendos sillones, tras saludar con un gesto a Vincent Vaine, que ocupaba una silla colocada junto al sillón del inspector; ambas habían estado tomando notas, evidentemente.

—¿Y bien? —preguntó Lorigan.

—Sí, señor —dijo Ryder—: almorzaron juntas en el Waldorf; los camareros las recuerdan.

—¿Y luego?

—Bueno, luego salieron... Eso es todo. No saben nada más.

—Algo es algo. Nosotros sí sabemos algo más; han encontrado la camioneta «Ford» que utilizaron para llevar la caja con el cadáver a la quinta de Gessell.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —se sorprendió Irwing—. ¿Dónde estaba?

—Estacionada indebidamente en la Calle 42.

Irwing y Ryder cambiaron una mirada de estupor.

—¿De veras? —exclamó el primero—. Vaya... ¡Con lo grande que es el mundo! Esos tipos...

—Era robada.

—Ah. Demonios, eso cambia la cuestión. Supongo que leñemos a algunos compañeros buscando huellas en el volante, las puertas y todo eso.

—Claro. Y ya hay distribuidas miles de copias de las fotografías de esos dos sujetos. Por ese lado, sólo tenemos que esperar..., salvo que las huellas nos den alguna pista. Fumad y descansad: esperaremos.

Poco después de las tres de la tarde, desde Huellas les informaban que por aquella parte no había nada que hacer.

Ciertamente, habían encontrado huellas en la camioneta, pero ninguna que pudiese servirles para obtener pista alguna buscando en los archivos.

—Mala suerte —fue todo el comentario de Lorigan.

Muy poco después se produjo la llamada desde la Morgue. El inspector Lorigan la atendió, y, cuando colgó el auricular, miró a Vincent Vaine.

—Nada nuevo. Estrangulada, sin más complicaciones. La hora de la muerte queda fijada oficialmente a las tres de la mañana.

La última información provino del laboratorio. Uno de los agentes empleados allí subió con el informe completo... y con una pequeña cajita de plástico transparente, que depositó delante de Lorigan.

—¿Qué es esto? —preguntó el inspector, contemplando aquella cosa oscura dentro de la cajita.

—Lo único que podemos decirle, señor. No hemos encontrado nada interesante en las ropas de la víctima, pero sí en sus zapatos.

—¿Esto es tierra?

—Sí, señor. Es una especie de barrillo que según nuestro Archivo Geológico Nacional debe pertenecer a la zona del Candlewood Lake.

—Eso está en Connecticut, ¿no? —preguntó Irwing—. Casi en la frontera estatal con Nueva York —dijo Vincent—. De manera que, según parece, Margo Grooms salió del estado...

—Eso podría importarle a la Policía, no a nosotros murmuró Lorigan. —¿Seguro que ella estuvo allí, Barnes?

—Bueno, señor —sonrió el laboratorista—: si no estuvo ella, estuvieron allí sus zapatos.

—Es una sugerencia interesante —comentó Lorigan, mientras todos sonreían—. Gracias, Barnes. Puedes retirarte... No, espera... Mark va a acompañarte adonde tenemos una camioneta «Ford» que ya ha sido revisada. Quisiera... que buscaras en esa camioneta más tierra de ésta. ¿Cuánto calculas que puedes tardar en darme una respuesta?

—Sabiendo ya por qué aguas navegamos, yo diría que no más de media hora, señor.

—Espléndido. Mark, ve con él y regresa cuanto antes con ese informe.

—Okay, señor.

Mark Ryder regresó una hora más tarde, y dijo apenas entrar:

—Había barro de ése en la camioneta, señor.

El inspector asintió, y señaló a Vincent Vaines.

—Tu turno, Vin.

—Hasta luego —dijo éste, y salió del despacho.

—¿Adónde va? —se interesó Ryder.

—A trabajar duramente —sonrió Irwing.

* * *

—Señor Vaine...

—¿Puedo pasar, señorita Wilkes? —Ella se apartó, el

G-man

entró en el apartamento, y sonrió prietamente, mirándola de arriba abajo—. ¿No se ha bañado hoy?

—Todavía no —se turbó Eveline—. ¿Qué desea?

—Charlar un rato con usted, si no tiene inconveniente. ¿Me permite sentarme?

—Oh, sí... Sí, claro. ¿Quiere... tomar algo?

El

G-man

consultó su reloj, y frunció el ceño.

—Lástima —movió la cabeza con gesto de pesar—. Todavía no puedo hacerlo, porque estoy en jornada laboral.

—Ah... Bueno, entiendo... ¿Qué horario tienen ustedes?

—Veinticuatro horas diarias..., cuando es necesario.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso quiere decir que está usted aquí en visita... oficial.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa?

Eveline volvió a turbarse. Señaló uno de los silloncitos del *living*, y el

G-man

se sentó cuando lo hubo hecho ella, que preguntó en seguida:

—¿Cuál es el asunto?

—Un poco prolijo, quizá. Realmente, habríamos podido enfocar nuestras investigaciones por otros conductos, pero usted nos parece una persona... asequible y amable, de modo que hemos pensado acumular en usted una serie de preguntas que nos evitará molestias a nosotros y a otras personas. Oh..., ante todo, espero que esté ya

completamente repuesta del susto de esta mañana.

—Fue horrible —palideció Eveline—. ¡Pobre señora Grooms! Cuando recuerdo sus ojos tan... tan...

—¿La conocía usted bien?

—Bastante. Hace tiempo que trabajo con el señor Gessell, y ello me dio oportunidad de tratar con ella antes de que surgiese... esa discrepancia entre ellos.

—Claro. Hay personas que se vuelven un poco intratables cuando el asunto es de dinero. Por cierto, tengo entendido que las acciones de la General Confections, según estatuto de la compañía, van a pasar ahora no a poder de Dennis Grooms, sino de los restantes accionistas. ¿Es así?

—Sí, en efecto.

—En cuyo caso, puesto que el señor Gessell es quien más acciones ha tenido hasta el momento, se quedará con la mayor parte de las que poseía la señora Grooms.

—¿Con la mayor parte? Con todas, supongo.

—No lo tengo entendido así. Me han dicho que tendrán que ser repartidas proporcionalmente a...

—Sí, sí. Pero es que hace ya algunas semanas que el señor Gessell compró todas sus acciones a los pequeños accionistas de la compañía. O sea, que él se quedará ahora con todas.

—¿Qué me dice? —susurró Vincent, entornando los ojos.

—Bueno, es lo que dicen los estatutos, así que...

—Lo entiendo, lo entiendo. Vamos a resumirlo diciendo que el señor Gessell se ha convertido de la noche a la mañana en el propietario exclusivo de la General Confections..., y a un precio realmente módico: el fallecimiento de Margo Grooms.

Eveline abrió mucho los ojos, asustada.

—¿Qué... qué está usted... diciendo...? ¿Está insinuando que el señor Gessell ha podido... tener algo que ver con... con...?

—Lo está diciendo usted todo, señorita Wilkes, yo no he dicho nada al respecto. Me he limitado a exponer unos hechos.

—¡Pero su insinuación ha estado bien clara!

—Quizá me he expresado mal. Por favor, entienda que estoy trabajando en un caso de asesinato, señorita Wilkes. Como dijo mi jefe, esto ya es algo más que una broma... ¿No le parece?

—Sí... Sí, claro.

—Gracias por su comprensión. Me está resultando usted de gran ayuda. Y aún podría ayudarme más, pero... no quisiera abusar de su buena disposición. En realidad, la pregunta siguiente debería hacérsela a la señora Gessell, pero es un tanto... delicada, la verdad. No es la clase de pregunta que un hombre haría a una señora. Claro que como agente del FBI, yo podría hacerle ésa y otras mil preguntas, pero...

—¿Me está pidiendo que yo le haga una pregunta a la señora Gessell, a Harriett?

—Bueno...

—¿Qué pregunta?

—Pues... Vaya, me gustaría saber si esta noche pasada, el señor Gessell abandonó el lecho matrimonial, o bien estuvo allí toda la noche, con su espo...

—No existe tal lecho matrimonial, señor Vaine. Es decir existen dos lechos matrimoniales.

—Ah... ¿Duermen en camas separadas? Bueno, es muy corriente, desde luego, así que...

—Y en cuartos separados.

—¿En cuartos separados? ¿Por qué? ¿No se llevan bien?

—Yo diría que se llevan divinamente. Pero la casa es grande, y decidieron tener cada uno su propio dormitorio. Naturalmente, se comunican, pero así cada uno se siente más cómodo... Y una puerta de por medio no es gran cosa.

—Según y cómo —murmuró Vincent—. Por lo menos sirve para que una persona no sepa lo que está haciendo otra que se halla tras esa puerta. Hasta es posible que una de las personas abandone la casa sin que la otra se entere... ¿No cree usted?

—Supongo que sí es posible —palideció Eveline—. ¿Va usted a pedirme que le pregunte a Harriett si el señor Gessell ha podido... salir de la casa esta noche?

—No. Ya no. Es innecesario. O mejor dicho, inútil, porque la señora Gessell no puede saberlo, si ella estaba en su dormitorio. Quizá esta noche el señor Gessell no haya utilizado su propio dormitorio, señor Vaine —susurró Eveline.

—Es una gran posibilidad. ¿Se atrevería usted a preguntar eso? No dudo de que sabría arreglárselas señorita Wilkes.

—Puedo intentarlo, al menos.

—Estupendo. Sin embargo, no quisiera que usted se pasase de la raya a los ojos de la señora Gessell, de modo que si no encuentra una buena oportunidad para enterarse de en qué cuarto ha dormido esta noche su jefe, pues... no insista.

—Haré todo lo posible. ¿Cuándo quiere que lo pregunte?

—¿Podría ser... ahora?

Eveline quedó pensativa unos segundos. Luego asintió con la cabeza.

—Iré allí y le diré al señor Gessell que una de las cartas que me dictó esta mañana se me ha quemado con la brasa de un cigarrillo, y que... Yo me las arreglaré.

—Es usted formidable, señorita Wilkes. El FBI va a quedarle muy reconocido por su colaboración.

—¿Sí? ¿El FBI? Vaya, qué bien... Dígame una cosa, señor Vaine: ¿ha tomado alguna decisión respecto a mi fotografía en bikini?

—Pues la verdad, señorita Wilkes, con todo esto, no te tenido tiempo para dedicar a ese asunto. Pero está en carpeta, desde luego.

—Está en carpeta —enrojeció ella—. Bueno, espero que lo termine pronto y me devuelva la fotografía.

—Oh, sí. ¿Salimos ya?

* * *

Eveline detuvo su coche detrás del de Vincent Vaine, se apeó y fue a sentarse junto al G-man, que la había estado esperando.

—¿Y bien? —murmuró él, mirándola atentamente.

—He podido saber que estuvieron juntos en el dormitorio de ella...

—Vaya...

—... Hasta las doce y pico. Luego, el señor Gessell se retiró al suyo.

—¿A las doce y pico?

—Sí.

Vincent Vaine permaneció pensativo unos segundos. Luego, de la guantera sacó un plano del estado de Nueva York, y lo extendió. Por suerte, el Candlewood Lake, al estar casi tocando la frontera estatal, aparecía también, en la porción del estado de Connecticut.

Un veloz cálculo utilizando la escala sirvió al

G-man

para determinar la distancia entre Nueva York y el Candlewood Lake, en línea recta: sesenta millas. Es decir, una distancia que podía recorrerse sin esfuerzo en dos horas y media. Y en mucho menos, desde luego.

—¿Le suena a usted el nombre de Candlewood Lake, señorita Wilkes?

—Pues... Oh, sí, espere... Sí, creo que es allí donde Margo Grooms compró una cabaña poco después de casarse. Sí, sí, sí... ¡Claro! Su marido, Dennis Grooms, es aficionado a la caza y...

—¿La caza?

—De patos.

—Ah, sí; prosiga, por favor.

—Estuve allí, con el señor y la señora Gessell, cuando los Grooms inauguraron la casa. Bueno, es una cabaña más bien sencilla. Margo se la regaló a su marido, creo que por su cumpleaños, o algo así. Pasamos un fin de semana bastante simpático. El señor Grooms cazó dos patos.

—¿Sabría usted ir allí?

—Sólo estuve una vez... Casi no lo recordaba. Es un sitio agradable. Supongo que sí podría llegar a la cabaña, desde luego. Está muy cerca de la orilla del lago, subiendo desde Danbury, me parece... ¿Puedo mirar el plano? —Vincent se apresuró a ofrecérselo y la muchacha fue deslizándolo un dedito por él—. Sí... Esto es: llegamos a Danbury, y seguimos por la 37 hacia New Fairfield, pero no llegamos a esta localidad. Antes hay un sendero que lleva a una pequeña urbanización; por allí está la cabaña.

—Señorita Wilkes, ¿le gustaría dar un paseo conmigo?

La muchacha le miró hoscamente.

—Supongo que hacia Connecticut, en... misión oficial.

—Sí, claro. Pero si usted tiene algún compromiso que...

—Un paseo en coche me sentará bien. ¿Vamos en mi coche o en éste?

—Si no le importa, iremos en éste.

—Voy a cerrar el mío y vuelvo.

Salió del coche del FBI y Vincent dobló el mapa, lo dejó en el asiento de Eveline y miró su reloj. Eran las siete y veinte de la

tarde.

—Veamos cuánto se tarda en llegar desde Nueva York a esa cabaña junto al lago.

CAPÍTULO VII

Eran justo las nueve y ocho minutos cuando el agente del FBI, tras detener el coche delante de la cabaña, miraba su reloj. Una hora y tres cuartos habían transcurrido. Es decir, que si hubiese salido de la quinta de los Gessell hacia la una, habría llegado a la cabaña antes de las tres de la madrugada. Y había que tener en cuenta que de noche el tráfico era menos denso, de modo que se podía llegar incluso en menos tiempo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Echaremos un vistazo a la cabaña, señorita Wilkes.

—Pero... debe estar cerrada...

—No se preocupe por ese detalle.

Poco después, demostraba que, en efecto, el detalle no tenía la menor importancia cuando un agente del FBI se decide a utilizar una ganzúa. Eveline miró hacia el interior de la cabaña, y luego al G-man.

—Espero que se dé cuenta de que, por muy agente del FBI que sea usted, está cometiendo allanamiento de morada, señor Vaine...

—Pero sólo lo sabemos usted y yo —sonrió él—. ¿Me guardará el secreto?

—Ya veremos.

Muy cerca se veía el lago, reflejando la luna, muy baja, en cuarto creciente. De todas partes llegaba un interminable chirriar de insectos y, con frecuencia, el croar de ranas. Debía ser estupendo disponer de una cabaña como aquélla para pasar unos días de descanso... o la luna de miel, por ejemplo...

Todavía sonriente, Vincent entró en la cabaña localizó el interruptor y dio la luz. Eveline entró y el G-man

cerró la puerta. En menos de un minuto estuvo situado: había un pequeño *living* con una bonita chimenea rústica, una cocina diminuta, dos dormitorios y un cuarto de aseo. Todo más bien pequeño, pero confortable, casi romántico. Sillones, libros, un tocadiscos, un mueble-bar, dos pieles de oso delante de la chimenea, cuadros cinegéticos en las paredes. Una decoración sencilla, pero de indudable buen gusto. Y por supuesto, no había nada barato. No había que engañarse: la sencillez, en decoración, puede resultar muy cara.

La primera observación del
G-man
sofocó a Eveline:

—Si sólo hay dos dormitorios, y vinieron dos matrimonios y usted, me pregunto dónde durmió usted, señorita Wilkes.

—En uno de los sillones; son camas plegables, señor Vaine.

—Ah. Bueno, empecemos a buscar...

—A buscar..., ¿qué?

—Mmmm... Preferentemente, señales de barro del que hay fuera alrededor de la cabaña. Si examina usted sus zapatos, verá que se los ha embarrado un poco; y yo también... Lo mismo sucedió anoche a Margo Grooms cuando la trajeron aquí.

—¿La trajeron aquí? ¿Cómo lo sabe usted?

—Por el barro, ya se lo he dicho. Fue analizado y localizado en el laboratorio del FBI. Por eso le pregunté si le sonaba el nombre de Candlewood Lake.

Eveline lo miraba, pensativa.

—¿Usted cree que trajeron aquí a Margo Grooms... y que el señor Gessell vino después de salir del dormitorio de Harriett... y estranguló a Margo?

—Busquemos, señorita Wilkes. Ya sabe el qué. —Pero esto es... es horrible... ¡e increíble! Nunca creeré que el señor Gessell haya hecho una cosa así... Y además, ¿por qué se iba a hacer enviar el cadáver de Margo Grooms a su propia casa?

—Si yo me pusiese ahora a contarle anécdotas de asesinatos y sus coartadas, señorita Wilkes, se le volvería el cabello blanco... Y, francamente, me gusta más así: siempre parece un hermoso rayo de sol.

—Señor Vaine —sonrió ella irónicamente—, ¿no se está usted

propasando?

—¿He sido demasiado atrevido? —sonrió el G-man.

—Oh, sí... ¡estoy escandalizada! Espero que no se atreverá a decir dentro de poco que tengo los ojos muy azules y bonitos. ¡Eso sería el colmo de la desvergüenza!

—Caramba... Bueno, procuraré no excederme en mi comportamiento. Busquemos, por favor.

Pero fue él quien lo fue encontrando todo. Desde luego, Eveline encontró también pequeñas muestras de barro todavía bastante fresco, pero su capacidad de investigación era prácticamente nula, comparada con la del agente del FBI, que llegó mucho más lejos...

En primer lugar, el barro, por supuesto. Luego, se dio cuenta de que una de las camas tenía arrugas que evidenciaban que una persona había estado tendida allí no haría mucho; naturalmente. Margo Grooms, que tras llegar a la cabaña, había sido atada de pies y manos y colocada allí. Luego, en el *living*, encontró colillas en dos ceniceros. Colillas de dos marcas diferentes de cigarrillos: dos hombres. Y también, fósforos de estuche usados. Muy poco después, en el hueco de la chimenea, encontró el estuche de los fósforos y comprobó el color y el material de éste con las puntas todavía adheridas al estuche; parecían ser del mismo material. En el estuche de propaganda había el nombre de un bar:

Barclay's

- Greenwich Village - New York.

¿Se podía pedir más?

—Vámonos ya, señorita Wilkes.

—¿Ha encontrado algo interesante?

—Es posible. Por la mañana, si procede, enviaré aquí a mis compañeros de Huellas. Mientras tanto, tengo suficiente. ¿Le importaría conducir usted ahora? Quisiera ir llamando a mi jefe, por el radioteléfono del coche, hasta que lleguemos a la zona de alcance. Me gustaría que todo estuviese en marcha para cuando nosotros lleguemos a Nueva York.

—No entiendo muy bien eso, pero me gusta conducir. ¿No iba a decirme qué clase de pista ha encontrado? Creo que una ayudante tan voluntariosa como yo merece por lo menos esa consideración, ¿no?

—Se merece eso y bastante más —sonrió el

G-man

—. Así que la invito a tomar un trago en un bar de Greenwich Village... ¿Qué le parece?

—Está usted avasallador esta noche, señor Vaine.

—¿Verdad que sí? Bueno, vamos al

Barclay's.

—Estupendo... ¡Se está usted humanizando!

Pero el relativo e irónico entusiasmo de Eveline Wilkes desapareció por completo cuando, a las doce menos cuarto, entraban los dos en el

Barclay's.

Claro que, después de oír a Vincent Vaine impartir instrucciones, hacer comentarios y concertar citas, no tenía por qué extrañarse al ver allí al inspector Lorigan, que se puso en pie al verlos entrar y los llamó por señas.

El inspector del FBI volvió a sentarse cuando lo hubo hecho Eveline, y miró a Vincent fijamente.

—Los hemos encontrado —murmuró—. Fue fácil después de tu llamada: concentramos la búsqueda en Greenwich Village, encontramos este bar, y de aquí partió toda la información hasta llevarnos a un edificio de apartamentos que hay aquí al lado.

—Estupendo —se frotó las manos Vincent—. Bueno, ¿qué estamos esperando para ir a por ellos?

—Ya hemos ido, Vin.

—Ah. Bien, pues vamos a la Delegación, para interrogarlos sobre...

—No están en la Delegación; tuvimos que enviarlos a la Morgue.

Eveline y Vincent palidecieron. Y en seguida, el primero en reaccionar fue el

G-man.

—¿Se resistieron al arresto y...?

—No, no. Ya estaban muertos. Por lo menos hacía tres o cuatro horas. Digamos que los mataron entre las siete y las ocho de esta tarde.

—Les mataron... Supongo que no los han estrangulado...

—Tres balazos a cada uno.

—De modo que sí disponían de armas... Lógico. ¿Tiene idea de

cómo ha podido ocurrir, señor?

—Es simple: alguien subió, ellos lo recibieron confiados y los mató a los dos, asegurándose bien.

Vincent Vaine asintió con la cabeza y se pasó una mano por la barbilla.

—Bueno... Hemos llegado al clásico callejón sin salida, según parece. Ha muerto Margo Grooms, han muerto los dos cabezas de turco después de servir los planes del... director de escena, y ya sólo nos queda éste. No será fácil conseguir pruebas, ¿verdad?

—Aún nos queda una posibilidad: las balas que han matado a Bill Alsop y a Morton Shields están en balística.

—Algo es algo. Alsop y Shields... Bueno, la culpa ha sido toda de ellos, por meterse en líos. Estarían vivos si se hubieran conformado con vivir honradamente... ¿Ha enviado a alguien a enterarse de lo que ha estado haciendo Xavier Gessell esta tarde?

—Mark y Red se están ocupando de eso. Aunque es ya muy tarde, y quizá no puedan conseguir nada hasta mañana. De todos modos, es sábado y quizá los Gessell prolonguen hoy la velada...

—¿Ustedes insisten en considerar culpable de todo esto al señor Gessell? —musitó Eveline, muy impresionada.

—Por el momento, no se me ocurre otra cosa, señorita Wilkes —replicó Lorigan—. Me parece que, debido a la colaboración que hemos recabado de usted, está lo bastante al corriente del asunto para que comprenda lo justificado de nuestras sospechas.

—Sí... Pero de ninguna manera creo capaz al señor Gessell de organizar...

—¿Sabe si él tiene algún arma? Una pistola o revólver concretamente.

—Sí —palideció aún más Eveline—. Algunas veces he visto un revólver en el cajón de la mesa de su despacho.

—¿En qué despacho? ¿En el de la casa o en el de la compañía?

—En la casa.

Lorigan y Vincent cambiaron una rápida mirada. El inspector se puso en pie, y dejó un billete sobre la mesa.

—¡Vamos al coche! —apremió—. ¡Pronto...!

Llegaron casi corriendo y Lorigan descolgó el auricular.

—Con el coche nueve —pidió—. ¡Ahora mismo! —Una breve pausa, y en seguida, un suspiro de alivio por parte de Lorigan—.

¿Red?

—Soy Mark, señor...

—Ah. Bueno, es igual... ¿Dónde está Red?

—Conmigo, señor; al volante.

—¿Habéis estado ya con Gessell?

—Pues..., no, señor. Bueno, es que...

—No entréis, no vayáis a verle; tiene un revólver.

—Nosotros también, señor.

—Tranquilos. ¿Dónde estáis ahora?

—Estamos delante de la casa, señor. Red y yo estábamos comentando la conveniencia de llamarle a usted para que decidiera si debemos ir ahí o no. No hay ninguna luz en la casa. Sólo en la verja y en el pórtico. Parece que todos en la casa duermen ya, así que... Bueno, usted decide, señor.

—No os mováis de ahí —colgó el auricular—. Vamos, Vin.

* * *

—Como le dije, señor. —Mark señaló hacia la casa—, parece que todos están durmiendo ya.

—¿Quién hay en el otro coche? —preguntó Red Irwing, señalando en el que habían llegado Lorigan y Vaine.

—La señorita Wilkes —mascullo Lorigan—. Debimos enviarla a dormir, Vin, ¿no te parece?

—Será bueno para ella que se acostumbre a estos horarios míos, señor.

—¿Sí? ¿Por qué?

—He decidido casarme con ella, señor. Me parece muy conveniente que ella tenga la seguridad de que cuando le diga que he estado trabajando hasta tal o cual hora de la madrugada, sea cierto.

—Me gustaría saber qué opina al respecto la señorita Wilkes —bufó Irwing—. ¿O se lo has pedido ya?

—No he tenido tiempo. Estaba ocupado. Bueno, señor, ¿qué hacemos?

—¿Y si ella no te acepta? —insistió Red.

—No digas tonterías —bufó Vincent Vaine.

—Oye, guapetón, que quién más quién menos...

—Vamos a ir a la casa —murmuró Lorigan—. Si, eso es lo que

vamos a hacer. Vosotros dos esperáis fuera, y Vin y yo entramos a charlar con Gessell. Vin, ve a decirle a la señorita Wilkes que se esté quietecita en el coche. No quisiera que Gessell se pusiera a disparar y ella recibiese algún balazo...

—Caramba —dijo Red—; me gustaría que Vin quedase viudo.

Pero Vin ya había salido del coche, así que no pudo hacer frente a la broma. Regresó poco después, y viéndole llegar, los tres hombres salieron del coche.

Luego, fueron hacia la verja, los cuatro juntos.

CAPÍTULO VIII

Lorigan tiró de la cadenita y, a los pocos segundos, vieron encenderse la luz en la casa; primero, en el piso de arriba, luego en la planta. Finalmente, la puerta se abrió y apareció el mayordomo Bishops, poniéndose la bata. Cruzó la pequeña zona de jardín, llegó ante la verja y se quedó mirando estupefacto a los visitantes.

—Buenas noches, señor Bishops —saludó Vincent—. ¿Nos recuerda?

—Claro que sí, señor —se sorprendió Bishops—. ¿Vienen a ver al señor Gessell?

—Así es. ¿Está durmiendo ya?

Bishops había franqueado el paso a los G-men, mientras contestaba.

—No creo, señor. Hace poco que se retiró... Pero llamarle a estas horas...

—Comprendemos que es lamentable, pero... A propósito, Bishops, ¿tendría usted inconveniente en acompañarnos a la Morgue?

El mayordomo respingó:

—¿Ahora? —exclamó luego.

—Sería muy conveniente. Tenemos a dos hombres que nos gustaría que usted identificara, tal como se ofreció hacer. Me refiero a los dos de la camioneta, claro.

—Sí, comprendo... Así que pudieron encontrarlos, y esos dos tipos fueron tan tontos de resistirse al FBI.

Habían llegado ya a la puerta Bishops, Lorigan y Vaine. Irwing y Ryder se habían quedado en el jardín, mirando hacia las ventanas del primer piso. Dentro ya de la casa los tres primeros, Vincent se

quedó mirando atentamente al mayordomo.

—¿Por qué supone usted que se resistieron al FBI, señor Bishops? —preguntó.

—Bueno... Como han hablado de que les acompañe a la Morgue... he supuesto que esos dos hombres estaban allí, señor. Y si están allí y no en un hospital, pues... supongo que están muertos. Y si ustedes los tuvieron que matar, sería porque ellos se resistieron, no por gusto.

—A eso se le llama deducción —aprobó con seca sonrisita el inspector Lorigan—. ¿Contamos con usted, Bishops, para esa identificación?

—Naturalmente, inspector. Iré a vestirme... Oh, pero antes subiré a decirle al señor Gessell que ustedes quieren verle. Espero que todavía esté despierto.

La última palabra de Bishops casi no se oyó, porque el mayordomo la juzgó inútil al ver aparecer en lo alto de la escalinata al propietario de la quinta, que se quedó mirando con cierta expresión de alarma a los dos hombres del FBI.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó inquieto.

—Buenas noches, señor Gessell —saludó Lorigan—. Perdona lo intempestiva de la hora, pero necesitamos con urgencia a su mayordomo. Supongo que no tiene usted inconveniente en que venga con nosotros a la Morgue.

—No, desde luego. —Gessell llegó abajo, haciendo una seña de asentimiento a Bishops, que fue hacia su dormitorio en la planta baja para vestirse de calle—. ¿Por qué tiene que ir Bishops allá?

—Creemos tener a los dos hombres que le trajeron a usted la caja con Margo Grooms.

—¡Los tienen! —exclamó Gessell, súbitamente animado—. ¡En ese caso ya les habrán dicho...!

Se calló de pronto y se quedó mirando con los ojos muy abiertos primero a Lorigan y luego a Vincent.

El inspector asintió con la cabeza.

—En efecto, señor Gessell; como usted parece haber comprendido, esos dos hombres están muertos...

—Sí, claro... Pero ¿pudieron decirles...?

—No. Los encontramos ya muertos. Los asesinaron alrededor de las ocho de la noche.

—¡Los asesinaron! —se desconcertó Gessell.

—Sin duda alguna... Convendría que pasásemos a su despacho, señor Gessell. Si no se opone, quisiéramos hacerle algunas preguntas. Ya suponemos que todo esto es una molestia, dada la hora...

—No, no —negó Gessell—. Vengan, por favor.

Entraron los tres en el despacho, y Gessell se dejó caer en el sillón, ante su mesa. Todavía un poco absorto, tomó un cigarrillo de la caja, lo encendió y miró a Lorigan, que lo contemplaba inexpresivamente.

—¿Qué preguntas...? Oh, perdonen, ¿quieren fumar?

Lorigan asintió con la cabeza. El y Vincent encendieron un cigarrillo, mientras Gessell los contemplaba con gran atención.

—¿Qué preguntas quiere hacerme? —susurró.

—La primera de ellas es respecto a dónde estaba usted a las ocho.

—Me parece que a esa hora estaba en la compañía.

—¿Se refiere a la General Confections?

—Sí, claro. Mi secretaria estuvo aquí hacia las siete, para rehacer un documento que se le había estropeado. Lo rehicimos y entonces recordé que había quedado una parte de ese asunto en los ficheros, así que fui a buscarlo, para que Eve lo solucione el lunes a primera hora.

—¿A qué hora regresó usted aquí?

—No sé... Quizá serían las ocho y cuarto... Algo así.

—¿Fue usted sólo al despacho de la compañía, señor Gessell?

—Sí. Harriett estaba conmigo cuando recibí a Eve, y después que mi secretaria se marchó, le dije que habíamos pasado un detalle por alto, pero que ya lo resolveríamos el lunes. No quería dejarla sola, pero Harriett me dijo que precisamente ahora que iba a tener bajo mi exclusivo control la General Confections debía dedicarle grandes cuidados a todos los... ¿Por qué me está haciendo estas preguntas?

—¿Dice usted que su esposa no le acompañó?

—No. Se ofreció a ayudarme, en ausencia de Eve, pero yo preferí que no se molestase por lo menos en acompañarme.

—¿Resolvió usted ese asunto de documentos, señor Gessell?

—Lo dejé todo preparado para que Eve lo pase en limpio el

lunes a las nueve. Pensé en pedirle que lo hiciese mañana domingo, pero me parece que no tengo derecho a abusar tanto de ella.

—Es usted muy considerado. ¿Puedo echarle un vistazo a ese documento?

—Son asuntos comerciales que no creo sean de la incumbencia del FBI, inspector. Además, quisiera saber qué persigue usted con este interrogatorio. Soy un hombre razonable, así que si me lo explica, comprenderé...

—¿Qué ocurre, Xav? —Oyeron en la puerta.

Gessell se puso en pie y los dos hombres del FBI se volvieron; no menos vivamente. Harriett Gessell estaba allí, preciosa, ataviada con una bata que todavía estaba anudando. Xavier Gessell salió a su encuentro, mientras Lorigan explicaba:

—Nos hemos permitido recabar la ayuda de su esposo para resolver unos pequeños interrogantes, señora Gessell. Espero que ambos sepan perdonarnos.

—Naturalmente que sí —sonrió ella, abrazándose a la cintura de Gessell—. Estaba leyendo y te oí salir, Xav. ¿Puedo ayudarte? Si todavía tienes trabajo...

—No, querida. Ya sabes que lo terminamos antes de cenar. Precisamente, el inspector Lorigan quería ver ese *dossier*.

Harriett miró asombrada a Lorigan.

—¿Para qué? —preguntó.

—Me parece que lo que él desea no es meter las narices en los asuntos de la General Confections, sino asegurarse de que ese *dossier* existe.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Señora Gessell —masculló Lorigan—, esta noche han asesinado a los dos hombres que trajeron por la mañana la caja con la señora Grooms, y estamos llevando a cabo unas comprobaciones.

—¿Comprobaciones?

—Los han asesinado hacia las ocho, según parece —dijo Gessell—. Y el inspector quiere saber dónde estaba yo a estas horas, querida.

—Ah... Oh. ¡Oh, Dios mío...! ¿Qué... qué están pensando? Pero ¿cómo... cómo se atreven a...?

—Me parece que estamos desorbitando la cuestión, señora Gessell —intervino Vincent—. Sólo hemos hecho algunas preguntas.

Y no veo que sean tan difíciles de contestar.

—¡Pero ustedes están dando a entender que Xavier ha podido tener algo que ver con... con todo eso! —Alzó la voz Harriett.

—Señora, por favor...

—¡No tienen derecho a hacer esa acusación!

—Aún no hemos hecho ninguna acusación, señora. Tan sólo unas preguntas. Pero si prefieren no colaborar...

—Les enseñaré esos documentos —cortó Gessell.

Regresó a su mesa, abrió el cajón central y sacó una carpeta, que tendió a Lorigan. Éste la abrió, echó un vistazo a su contenido y la devolvió.

—Está bien, señor Gessell. Gracias. Entonces, quedamos en que usted regresó aquí a las ocho y cuarto...

—Las ocho y veinte —dijo Harriett—. Estoy segura de eso, porque me parecía que tardaba demasiado, y hacía unos segundos que había mirado la hora cuando oí llegar el coche. ¿Tiene alguna pregunta más que hacer? —Acabó altivamente.

—Sí, señora —se mosqueó Lorigan; miró de nuevo a Gessell—. ¿Tiene usted algún arma, señor Gessell?

—Sí.

—¿Nos permite examinarla?

—Esto es el colmo —jadeó Harriett—. ¡No pueden...!

—Tranquilízate, querida —sonrió su marido—. Les enseñaré el revólver y espero que eso sea suficiente para el FBI. Lo tengo en este cajón, así que terminaremos en seguida.

Abrió el cajón, metió la mano... y se quedó inmóvil un par de segundos. Luego, abrió más el cajón... Y un gesto de alarma apareció en su rostro. Abrió el cajón por completo, vaciló, lo cerró y abrió otro. Y luego el tercero. Examinó luego los tres del otro lado de la mesa, y por último se quedó mirando con expresión desencajada al inspector del FBI.

—¿No lo encuentra, señor Gessell? —musitó el federal.

—No... No lo veo.

—Busque bien, por favor.

—No... No, no... Tendría que estar aquí. Precisamente en el primero de la derecha.

—Pero no está.

—No... No está.

—Quizá alguno de sus criados, al limpiar, lo ha colocado en otro sitio —sugirió Vincent, con voz neutra.

—No... Nunca lo tocan. Tengo prohibido a todos que toquen el revólver, porque podría ocurrir un accidente... ¡Tendría que estar aquí!

Lorigan y Vincent cambiaron una inexpresiva mirada. El primero dijo, amable:

—Bueno, señor Gessell, no se inquiete demasiado. Estoy seguro de que su revólver aparecerá. Le ruego que se dedique a buscarlo. Mientras tanto, nosotros vamos a permitirnos disponer de su mayordomo, tal como le he dicho antes. Si encuentra el revólver, por favor, avise a la Delegación. Si no lo encuentra, y a usted no le parece mal, mañana enviaré a un par de mis hombres expertos en estas cosas. Estoy seguro de que ellos lo encontrarían.

—Sí... Bueno, lo buscaré...

—Muy agradecido. Perdonen las molestias. Buenas noches, señora Harriett. No se molesten en acompañarnos.

Harriett Gessell no contestó. Estaba envarada, como asustada. Los

G-men

salieron del despacho y en seguida vieron a Bishops, ya vestido, que los estaba esperando.

—Cuando ustedes gusten —dijo el mayordomo.

—Muy amable, señor Bishops.

Éste abrió la puerta y salieron los tres de la casa. Vincent Vaine tiró de una manga de su jefe, retrasándose ambos.

—¿Les estamos dando cuerda, señor? —susurró.

—Sí. Ahora nos iremos de aquí ostensiblemente, Vin. Luego, desde la primera esquina, Red y Mark volverán a vigilar la casa.

—No creo que intente salir, señor. Lo que hará, si tiene el revólver ahí, será asegurarse de que queda bien escondido.

—Seguro que sí. Pero ya le he dicho a Gessell que dos de los nuestros son capaces de encontrarlo, por bien escondido que esté el revólver, así que... querrá asegurarse bien de que jamás lo vamos a encontrar. Y él sabe que si lo mantiene escondido en la casa, lo encontraremos.

Vincent Vaine hizo chascar los dedos.

—¿Cree usted que saldrá a esconderlo en el jardín, señor?

—Tengo esa esperanza. Y si lo hace, Mark y Red lo verán.

—¡Estupendo, señor! Aunque si es tan tonto de...

¡Pack!, chascó el disparo, amortiguado pero perfectamente audible en el silencio relativo de la noche.

Bishops, Lorigan y Vincent quedaron petrificados, cerca de la verja de salida. Igual que Ryder e Irwing, que convergían hacia ellos.

—Es... es un disparo... —jadeó Bishops.

Vincent Vaine fue el primero en echar a correr de regreso a la casa. Subió al pórtico de un salto, empujó la puerta, y lanzó una imprecación al encontrarla cerrada.

—¡Bishops! —aulló.

El mayordomo y los tres

G-men

llegaron a todo correr. Bishops abrió la puerta con su llave y Vincent se precipitó al gran vestíbulo, ya mirando hacia el despacho..., para volver en seguida la cabeza hacia la escalinata, por la cual bajaba a toda prisa Harriett, desencajado el rostro. Por el fondo del vestíbulo apareció otro de los criados, desorbitados los ojos, y detrás suyo, dos criadas, todos en prendas de dormir... Pero Vincent Vaine no hizo el menor caso a nadie. Corrió hacia el despacho, empujó la puerta y entró.

Quedó petrificado y seguro de que habría tardado más en reaccionar si tras él no hubiese oído la voz de Harriett Gessell, histérica.

—¡Xavier...! ¡Xav...!

El

G-man

se volvió, tomó por los brazos a la muchacha y le impidió entrar en el despacho, empujándola hacia el vestíbulo. La dejó debatiéndose, gritando, en brazos de Mark Ryder, y él entró de nuevo, en pos del inspector Lorigan.

Éste se hallaba junto a Xavier Gessell, arrodillado, con una mano puesta en un lado del cuello, muy cuidadosamente, para no mancharse de sangre. Vincent se detuvo junto a ambos, contemplando el cuerpo caído de Gessell, estremeciéndose al ver el terrible agujero negruzco e inflamado por los bordes en la sien. En la mano derecha, escapando de los dedos, había un revólver.

—Está muerto —susurró Lorigan, apartando la mano.

Vincent Vaine no se molestó en hacer el menor comentario. Su mirada estaba fija en la herida de la sien. La bala había entrado por allí, inflamando el borde, hinchándolo, debido a la combustión de la pólvora bajo la piel..., lo cual sólo ocurría cuando el disparo se efectuaba apoyando la boca de fuego en la piel, o disparando desde muy cerca.

Red Irwing tocó a Vincent en un brazo, y cuando éste prestó atención, señaló hacia el suelo, donde se veía un libro Luego, el G-man

señaló el hueco correspondiente en un estante de la librería, frente a la cual yacía el cadáver. A su vez, Vincent señaló estos detalles a Lorigan, que asintió. En verdad, no hacían falta muchas explicaciones.

—Parece que lo asustamos demasiado —susurró Lorigan—. Y, evidentemente, no era hombre capaz de afrontar sus actos.

—Esto confirma nuestras sospechas —murmuro Vincent—. Debí comprender que lo teníamos en la red señor.

Lorigan volvió a asentir con la cabeza. Luego, suspiró.

—Red, llama otra vez a la Morgue.

* * *

El inspector Lorigan dio las últimas instrucciones, y el cadáver fue levantado. De allí, directo a la Morgue.

—Quien mal anda, mal acaba —sentenció Irwing, junto a él.

—En cierto modo —comentó Ryder—, hace falta valor para suicidarse, ¿no le parece, señor?

—Más valor hace falta para afrontar tres asesinatos, Mark —replicó el inspector.

—Sí... Supongo que sí. ¿Qué hacemos?

—Marchaos. Tenemos que hacer todo el papeleo. Pero antes oigamos lo que tiene que decirnos Vin.

Se acercaron los tres a la doble puerta del salón, y Lorigan le hizo una seña a Vincent, que permanecía de pie ante el sofá, en el cual estaban Harriett y Eveline, ésta consolando a aquélla, abrazándola. Las dos criadas también estaban en pie, todavía demudadas, contemplando a su ama. El chófer, todavía en pijama, pero ya con bata, igual que las criadas, estaba junto a la puerta sin

saber qué hacer mientras el eficiente Bishops se ocupaba en ayudar a los de la Morgue en el pórtico.

—Vin.

El

G-man

se volvió, asintió con un gesto y salió del salón reuniéndose con su jefe y sus dos compañeros.

—¿Qué ha dicho la señora Gessell?

—Cuando nos fuimos ella insistió en ayudar a Gessell a buscar el revólver por el despacho pero él se negó. Parece ser que la echó casi a empujones... Ella dice que estaba muy asustado, como fuera de sí... Le dijo que no se metiera en sus cosas y le ordenó que volviera al cuarto... Y cuando estaba a punto de volver a la cama oyó el disparo.

—Sí, bien. De acuerdo, muchachos; nos queda el trabajo menos interesante de todos, pero es necesario llenar páginas y páginas... ¿No viene la señorita Wilkes? La llevaremos a su...

—Se ha ofrecido a quedarse con la señora Gessell, señor... Y me parece que esa pobre chica la necesita.

—Desde luego. Bueno, en marcha.

* * *

—Yo lo resumiría de este modo —dijo Lorigan—. Decidme si podemos empezar a trabajar sobre esta base: primero, Gessell compra todas las acciones a los pequeños accionistas; luego, contrata a dos hombres para que se lleven a Margo Grooms a la cabaña del lago, convencido de que allí nadie va a molestarles; mientras tanto, inventa el truco del rapto de su esposa, para que todos creamos que ha sido un error, y que a quien querían secuestrar Bill Alsop y Morton Shields era a Harriett Gessell. Así que realiza toda la comedia, sabiendo que, en el momento oportuno, Eveline Wilkes dirá lo de la nota, es decir, que nosotros, o la policía, tendremos que creer que ha sido un error de los secuestradores. Para afirmar más este error, Gessell se hace llevar el cadáver de Margo Grooms a su propia casa, con la nota en la que los secuestradores insisten en creer que Margo Grooms es su esposa... Durante la noche, después de estar hasta las doce y pico con Harriett, Gessell parte hacia la cabaña del lago, y allí estrangula a

Margo Grooms...

—Debía odiarla mucho —murmuró Vincent.

—Ya sabemos que había una antipatía considerable entre ambos.

—Sí, señor... Pero, vaya, yo diría que tenía que ser algo más que antipatía, ¿no?

—Así parece, Yin. Bueno, como decíamos, Gessell se hace enviar el cadáver de Margo Grooms para que, cuando nosotros comprendamos el error, jamás se nos ocurra sospechar de él, ya que, a todos los efectos, los secuestradores, a quien han matado ha sido a la señora Gessell. Y como a nadie se le ocurriría pensar que Gessell hiciese raptar y asesinar a su esposa, es imposible sospechar de él. La cosa queda bien clara para nosotros. Pero... todavía quedan vivos los dos hombres que han ayudado a Gessell, así que éste, con el pretexto de ir a recoger unos documentos a la General Confections, sale de su casa...

—Seguramente, señor, ya preparó el «olvido» de esos documentos, para tener un pretexto para salir de la casa en un momento dado, ¿no cree? —apuntó Ryder.

—Sí... Bien pensado, Mark. En fin, sale de la casa a las siete y pico, va a donde sabe que le están esperando Shields y Alsop, y los mata. Y como ya antes ha pasado por la compañía a recoger los documentos, regresa a casa, esconde el revólver detrás de un libro, y hace vida normal, acepta la ayuda de su esposa para trabajar en esos documentos... Y si hubiéramos venido mañana por la mañana, seguro que ya habría escondido el revólver en un sitio definitivo... ¿Estamos de acuerdo? Pues a trabajar. Podemos... —El teléfono interior sonó y Lorigan descolgó el auricular—. ¿Sí?

—¿...?

—Sí, soy yo. ¿Qué hay?

—...

—Ah, bien. Sí, claro, no me sorprende. Gracias, Boyle —colgó el auricular y dijo—: De Balística me dicen que el revólver de Xavier Gessell es el que mató a Bill Alsop y a Morton Shields.

—Gran novedad —refunfuñó Irving.

—Bueno, manos a la obra.

CAPÍTULO IX

—¿Qué? —preguntó Ryder—. ¿Cómo ha ido el sepelio?

Vincent Vaine dirigió una mirada hosca.

—¿Cómo demonios quieres que vaya un sepelio? Triste.

—Ha sido un feo asunto. Me pregunto qué pasará ahora con la General Confections. Muerta Margo Grooms, las acciones fueron para Xavier Gessell. Y muerto éste... ¿qué pasará?

—Ni idea. Supongo que la señorita Wilkes debe saberlo...

—Ah, sí... La hermosa secretaria. ¿Cuándo es la boda?

—Se lo preguntaré cuando vuelva a verla. No se separa de la señora Gessell.

—Entonces, estaba en el cementerio.

—Claro. Y también he visto allí a Dennis Grooms. Ha sido... curioso, la víctima y el asesino enterrados el mismo día y hora en el mismo cementerio... y no lejos uno del otro.

—Bueno, ya no hay peligro de que se peleen, me parece a mí. ¿Qué tal han reaccionado la señora Gessell y Dennis Grooms, al encontrarse?

—Pues... No han reaccionado. Se han ignorado mutuamente. Ha sido muy violento para ambos. Y no sé por qué, ya que ninguno de los dos tiene culpa de nada.

—Ya verás como acaban relacionándose. Es lógico, si tenemos en cuenta que habrá que tomar determinaciones sobre la General Confections, ¿no? Y sólo quedan ellos.

—Pero ninguno de los dos tiene a su nombre ni una sola acción. En fin, no sé, eso es cosa que no nos concierne, Mark. ¿Has visto al jefe?

—Seguro. Por cierto, quiere verte después del almuerzo. Tiene algo para ti. Oye, ¿qué tal si vamos a almorzar ya?

—Está bien.

En la cafetería de la Delegación, eligieron cada uno su almuerzo, y fueron a sentarse a una mesa, saludando a otros G-men.

Desde el mostrador, Barnes los saludó con la mano, vaciló y fue a sentarse con ellos.

—Bueno, parece que habéis terminado bien otro asunto, ¿eh?

—Se terminó solo... —dijo Ryder—. ¿Has visto a Red?

—No. ¿Cómo fue lo del lago, Vin? ¿Os sirvió de algo?

—¿Lo del lago?

—Hombre, lo de la tierra aquella que había en los zapatos de Margo Grooms...

—Ah, sí, sí. Sí, fue muy productivo, Jim; un buen trabajo por tu parte. Gracias a eso localizamos a Shields y Alsop, por medio de un estuche de cerillas que dejaron allí. Y partiendo de eso, elaboramos la teoría final que nos llevó a Gessell.

—¿No es curioso? —dijo Ryder, pensativo—. Un tipo que se ensucia los pies de barro y todo se soluciona. Me pregunto cómo resolvían esta clase de asuntos nuestros antecesores, sin unos medios técnicos tan formidables.

—Siempre hay un medio —sonrió Vincent—. Y antes no tenían que andar analizando tierras y cosas así. De todos modos, esto le habrá servido a Jim para construirse una casa de campo.

James Barnes miró desconcertado a Vincent.

—No capto la broma —dijo.

—Hombre, quiero decir que con tanta tierra que has estado manejando, ya tienes para levantar una pared, al menos.

—Tampoco ha sido tanta...

—No sé si me gustaría tu trabajo —reflexionó Vincent—: hurgar en seis zapatos para buscar...

—¿En seis? Ah, bueno, claro... Supongo que te refieres a los de Margo Grooms y esos otros dos tipos. Pero ellos no tenían esa clase de tierra en sus zapatos. En mi informe no menciono...

—¿Qué dices? —Se irguió Vincent.

—No menciono en mi informe que Shields y Alsop tuviesen tierra de la orilla del lago en sus zapatos. ¿Es que no lo has leído?

—No... ¿Estás seguro de que ellos no tenían tierra de ésa en sus zapatos?

—Segurísimo —se mosqueó Barnes.

—Pues es extraño... Si ellos estuvieron allí, deberían tener ese barrillo, igual que Margo Grooms, ¿no?

—Pudieron ir con otros zapatos.

—No lo creo —dijo Mark Ryder—. En el apartamento que ocupaban no se encontró ningún par de zapatos más.

—¿Estás seguro? —Lo miró Vincent.

—Hombre, claro... Yo me ocupé de esa parte del informe, ¿no recuerdas? —Ryder parpadeó—. ¿Y sabes que tienes razón, Vin? Es extraño que esos tipos...

—¿Tampoco tenían ese barro los zapatos de...? ¡Por todos los...! Jim, ¿has examinado los zapatos de Xavier Gessell?

—Claro que no. Nadie me los ha... ¡Eh! ¿Adónde vas? —Pero Vincent Vaine salió de allí a toda prisa, como si no le hubiese oído, y Barnes miró con el ceño fruncido a Ryder—. ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco?

Mark Ryder estaba como absorto. Miró a Barnes, pero como si no lo viera. Por fin, movió la cabeza negativamente.

—No creo —murmuró—. No, no creo que Vin esté loco, Jim. Lo que pasa es que no le gusta dejar ningún cabo suelto...

* * *

—Ah, señor Vaine... —Acogió cordialmente Bishops—. Buenas tardes...

—Hola, Bishops. Me temo que voy a volver a molestarle.

—No creo, señor. Para mí es un honor colaborar con el FBI. ¿En qué puedo servirle esta vez?

—Supongo que la señora está en casa...

—Sí, sí... Está con la señorita Wilkes en el despacho. Han abierto la caja fuerte del señor y están mirando de poner en orden los asuntos que...

—Sí, entiendo. Por favor, dígame que le ruego que me reciba. Tengo que pedirle permiso para que usted me entregue todos los zapatos del señor Gessell.

—¿Los zapatos? —Se pasmó el mayordomo.

—No me diga que no tenía. Ya sé que murió en zapatillas, pero debía tener zapatos, ¿no?

—Sin duda —sonrió a medias Bishops—; más de una docena de

pares, señor. Lo sé bien, porque yo soy el encargado de limpiarlos.

—¿Los ha limpiado a partir del viernes?

—No, señor. Lo hago...

—Dígale a la señora Gessell que deseo verla.

Harriett Gessell recibió al

G-man

con gran cortesía, desde luego, pero con notable frialdad. Se sorprendió ante la petición, pero hizo una seña a Bishops y éste salió del despacho en busca de los zapatos.

—¿Puedo saber para qué los quiere? —preguntó luego.

Vincent dejó de mirar a Eveline Wilkes para regresar su atención a la viuda; estaba muy bonita, aunque algo pálida, resaltando mucho sus facciones sobre las ropas negras.

—Es una cuestión de rutina, señora Gessell.

—Ya. ¿Puedo servirle en algo más?

—Por ahora, no. Me gustaría ser yo quien pudiera hacer algo por usted. Le aseguro que lamento que...

—Agradezco su ofrecimiento, señor Vaine. Pero, según parece, voy a poder pasarme sin su ayuda en ningún sentido.

—No comprendo...

—Hemos encontrado un documento de venta firmado por el señor Gessell —intervino Eveline—, al parecer vendió cien acciones de la compañía a Harriett, señor Vaine.

El agente del FBI alzó las cejas, desconcertado.

—¿Cómo al parecer? —musitó—. La señora Gessell debe saber eso muy bien, supongo.

—No lo sabía —negó Harriett.

—Pero, señora Gessell, si su esposo firmó ese documento, no es posible que usted fuese ajena a la transacción...

—Pues le aseguro que no tenía ni idea. Lo único que sé es que hace unas semanas, Xavier me dijo que debía firmar en un documento, y yo lo hice.

—¿Y no le preguntó usted de qué se trataba?

—Lo hice. Pero él se rió y me dijo que no debía preocuparme, que todo cuanto él hiciese jamás me perjudicaría.

—¿Me permiten ver ese documento?

Eveline miró a Harriett, que encogió los hombros. Vincent lo tomó entonces de manos de Eveline, lo examinó, y asintió con la

cabeza: no podía estar más claro.

—Según esto, señora —susurró—, al poseer usted estas cien acciones, todas las demás de la compañía revierten en usted...

—Eso me estaba diciendo Eve, en efecto. ¿Usted cree también que ese documento es legal?

—Pues..., no entiendo demasiado, pero dudo mucho que alguien se atreva a opinar lo contrario. Al parecer, su marido la tuvo presente en todo momento.

Harriett Gessell bajó la cabeza y el

G-man

comenzó a sentirse incómodo al ver las dos lágrimas que resbalaban por el pálido rostro femenino. Miró a Eveline que le contemplaba fijamente, y tragó saliva... La llegada de Bishops, portando una maleta que contenía todos los zapatos de Xavier Gessell sacó del apuro al

G-man,

que murmuró una despedida, se hizo cargo de la maleta y abandonó el despacho.

Minutos después, mientras conducía hacia la Delegación, su ceño se frunció. En el fondo, deseaba equivocarse.

CAPÍTULO X

Eran casi las seis de la tarde cuando Barnes apareció en el despacho del inspector Lorigan y dijo, mirando expectante a Vincent Vaine:

—No hay, Vin. Y no me preguntes si estoy seguro, pues lo estás tomando por costumbre. Si yo digo que no hay ni rastro de ese barrillo en ninguno de los zapatos de Xavier Gessell, es que no hay. ¿Entendido?

—Si, Jim —murmuró el

G-man

—. Gracias.

—¿Algo más? ¿Desea alguna cosa, señor?

—No, no —rechazó Lorigan—. Puedes marcharte ya, Jim.

—Hasta mañana.

Barnes abandonó el despacho, y Lorigan, Ryder e Irwing se quedaron mirando a Vincent, que estaba profundamente pensativo, casi sombrío.

—¿Y bien, Vin? —murmuró el inspector.

—Bueno, señor, es usted quien decide.

—Has sido tú quien ha tirado de este hilo suelto en el ovillo. Oficialmente, todo está terminado, sellado y archivado. Pero si no había barro en los zapatos de Gessell, pues... yo creo que no perdemos nada continuando con esto.

—¿Quiere decir que cuento con su autorización, señor?

—Por supuesto.

Vincent miró a Irwing y Ryder, y movió la cabeza hacia la puerta.

—Salid ya vosotros —dijo.

Los dos

G-men

salieron en silencio del despacho. Vincent volvió a quedar pensativo unos segundos. Luego, descolgó el auricular del teléfono y marcó un número.

Segundos de espera.

—¿Es usted, Bishops? Soy Vincent Vaine otra vez... ¿Está todavía la señorita Wilkes en casa?

—...

—Estupendo. ¿Siguen en el despacho?

—...

—Ah, en el salón. Bueno, ¿quiere decirle a la señorita Wilkes que quisiera hablar con ella? Pásele la comunicación allí... Sí, estupendo. Gracias, Bishops... —Una breve pausa—. ¿Señorita Wilkes?

—...

—Soy Vaine. Mmm... Bueno, si usted cree que es mejor seguir acompañando a la señora Gessell, podemos dejarlo para otro momento, pero... me gustaría verla unos minutos. ¿Es posible?

—¿...?

—No, no... Nada de asunto oficial esta vez. Es que... Bueno, tengo libre el resto de la tarde y el día de mañana, salvo imprevistos... y me gustaría verla.

—¿...?

—Ya le digo que no es nada oficial. Ejem... Para que me entienda, le diré que me gustaría conversar con usted sobre... cierta fotografía que me... prestó.

—...

—Estupendo, gracias... ¿Le parece bien que nos encontremos delante de

Macy's,

dentro de veinte minutos?

—...

—Magnífico. Hasta ahora, señorita Wilkes.

Colgó el teléfono y miró a Lorigan, que lo contemplaba intrigado.

—¿Ella te prestó una fotografía, Vin? ¿Qué fotografía?

El

G-man

la sacó y la tendió a su jefe, que respingó al mirarla.

—¡Demontres...! ¡No me sorprende que quieras casarte con esa chica!

—A mí tampoco —sonrió el
G-man

—. ¿Va a encargarse usted de los telegramas, señor?

—Sí, por supuesto. —Lorigan devolvió la fotografía—. Pero escribelos tú...

Vincent Vaine tomó una cuartilla y escribió en ella durante unos segundos. Por fin, empujó el papel hacia el jefe, saludando con la mano, y salió del despacho.

No había que hacer esperar a una dama.

* * *

—Bien. —Eveline se acomodó en el asiento junto a Vincent y lo miró expectante, un poco sofocada—. ¿Qué tiene que decirme, señor Vaine?

—Espero que la señora Gessell no aumente su rencor hacia mí por haberla privado de su compañía, señorita Wilkes.

—Se me ocurre que a usted no le preocupa eso en lo más mínimo, señor Vaine. ¿Va a devolverme mi fotografía?

—Mmm... ¿Le parece bien que demos un paseo por Central Park?

—¿Para qué?

—Bueno... Es más agradable charlar allí que aquí, ¿no cree?

Ella parpadeó. Luego, miró hacia el frente, y Vaine comprendió: paseo aceptado.

Minutos después, detenía el coche cerca de la cabina donde se expendían billetes para paseos en barca por el lago, miraba a la muchacha y sonreía amablemente.

—Hace un tiempo espléndido, ¿verdad? De primavera.

—Es que estamos en primavera, señor Vaine.

—Es verdad. Bien, señorita Wilkes, voy a darle mi opinión sincera sobre la fotografía... Espero que no se moleste conmigo.

—Y yo espero que usted no diga nada que pueda molestarme.

—Claro. Bien... Sí, esto es: la considero insuficiente.

—¿Cómo?

—Comidero insuficiente el examen de una fotografía para saber si usted es mi tipo.

Eveline quedó estupefacta.

—No irá a pedirme que me quede en bikini delante de usted, supongo, señor Vaine.

—La idea no es mala —sonrió el temán, dirigiendo un rápido vistazo a su reloj.

—Me parece que ahora sí se está usted pasando de rosca... Tendría que estar loca para hacerlo. ¿Qué se ha creído?

Eveline calló, casi sobresaltada, al sonar el radioteléfono. Vincent descolgó el auricular, tenso.

—Coche seis; Vaine.

—Vin —oyó también Eveline la voz de Mark Ryder—; ha salido.

—¡Bien! —exclamó Vincent, excitado—. ¡Haz lo tuyo, Mark! ¡Yo esperaré la llamada de Red!

—Okay. Hasta luego.

Vincent colgó y se volvió hacia Eveline, que le contemplaba un tanto huraña.

—Señor Vaine —pareció rechinar la voz de la muchacha—, si no entendí mal, usted dijo por teléfono que el asunto no era oficial, y ahora...

El radioteléfono volvió a sonar, y Vincent alzó en el acto el auricular.

—¡Coche seis! ¡Vaine!

—Soy Red, Vin; ha salido.

—¡De acuerdo! ¡A lo tuyo, Red!

—¿Ha llamado Mark?

—Hace unos segundos. Escucha, voy a dejar el auricular descolgado: quiero que me vayáis informando en todo momento. ¿Hacia dónde, por ahora?

—Yo diría que hacia New Jersey. ¿Dónde estás?

—En Central Park.

—Bien. Lo mejor será que salgas por Columbus Circle y vayas hacia el Lincoln Tunnel; te seguiremos informando.

—De acuerdo. Salgo ahora mismo.

—Vale. Oye... ¿qué estás haciendo en Central Park?

—¿Y a ti qué demonios te importa?

CAPÍTULO XI

Se besaron en cuanto él hubo cerrado la puerta de la cabaña en la que estaba esperándola. Fue un beso largo, profundo, apasionado... Por las ventanas se veían las luces de colores del anuncio de The Banners Motel. El silencio era completo.

—Todo ha salido bien, mi amor —murmuró—. Hemos engañado nada menos que al FBI.

—Lo cual no es nada fácil —sonrió Grooms—. Pero el plan estaba montado a la perfección. Lo único que siento es que tuvieses que ser tú quien matase a Xavier, pero comprende que yo no podía estar en vuestra casa...

—No te preocupes. Estaba harta de él, y lo maté con mucho gusto. Fue un poco... horrible, pero... tenía que hacerlo, y lo hice.

—¿No tuviste ningún contratiempo?

—No, ninguno... Cuando los del FBI salieron, recogí el revólver, le dije que viniera a mi lado y apoyé la pistola en su sien y disparé. Luego salí corriendo, subí unas cuantas escaleras, y volví a bajar... Creo que lo hice muy bien. ¿Estás seguro de que nadie te vio tirar el revólver por encima de las verjas, después de haber matado a aquellos dos hombres?

—Segurísimo, mi amor. No tienes nada que preocuparte por nada. Han muerto todos los que podían acusarnos: a Margo la estrangulé en la cabaña, luego la metí en la caja, robé una camioneta en Nueva York, y encargué a mis dos... empleados que fuesen a entregar el paquete. Quería que los vieran a los dos, y no sólo a uno, como cuando le dije a Shields que llevara la nota. No tenían la menor idea de lo que estaban haciendo, pero yo dejé pruebas que apuntaban hacia ellos, incluidas las cerillas, un estuche del

Barclay's

Bar en Greenwich Village... No sé cómo llegó el FBI a la cabaña del Candlewood Lake, pero si no lo hubiesen hecho, yo habría ido dentro de pocos días, y los habría avisado al encontrar aquellas cosas... Pero, como sé que fueron hacia allí, mientras tanto fui a matar a Shields y Alsop con el revólver de tu marido... Espero que a ti tampoco te viese nadie recogerlo después que lo tiré por encima de la verja.

—No. Estoy segura. Salí a «dar un paseo» por el jardín mientras esperaba el regreso de Xavier, al que convencí con toda facilidad para que saliese a ir a recoger unos documentos de la compañía.

Dennis Grooms soltó una carcajada.

—¡Es fantástico cómo nada menos que el FBI ha ido siguiendo las pistas que yo he querido...! Y no sabes, mi amor, cómo disfruté estrangulando a esa maldita estúpida de Margo... ¡Pobre par de idiotas! ¿Has dicho ya que tienes un documento de posesión de cien acciones?

—Esta misma tarde. Estaba con Eveline revisando las cosas de la caja fuerte y me sorprendí muchísimo cuando ella me dijo que yo era dueña de cien acciones. Oh, Dennis, ¡todo ha salido tan perfecto! El FBI llegó a la conclusión de que el culpable era Xavier, el pobre... se suicidó.

—Sí. —Grooms acarició a la viudita—. Todo ha salido perfecto. Dentro de unas semanas, tú y yo nos encontraremos «por casualidad» en alguna parte, haremos las paces delante de algunos amigos... Y nadie tendrá nada que decir cuando nos casemos. Lo tendremos todo, mi amor; la compañía, la quinta, los coches..., nuestro amor... Pero, mientras tanto, es mejor que no nos veamos.

—Lo mismo pienso yo... —convino ella—. Tenemos que terminar de hacer bien toda la comedia.

—Sí... Bueno, supongo que si me has llamado esta vez a la cabaña que siempre ocupamos, será por algo importante... ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

Harriett Gessell había retrocedido bruscamente un paso y contemplaba con expresión desorbitada a Dennis Grooms. Por fin, pudo tartamudear:

—Yo... yo no te he llamado, Dennis... ¡Tú me has llamado a mí...!

—¿Cómo? —Palideció Grooms.

—¡No te he llamado! Recibí tu telegrama y vine porque pensé que... ¡Míralo! —Abrió nerviosamente su bolso, sacó un rectángulo de papel y lo tendió a Grooms—. ¡Un telegrama urbano, sin firma y yo comprendí que eras tú...!

Dennis Grooms tomó el telegrama y leyó:

NECESITO VERTE INMEDIATAMENTE *stop* NO TELÉFONO
stop.

Pálido de pronto como el más muerto de todos los muertos del mundo, Dennis Grooms sacó otro telegrama, que tendió a Harriett Gessell, y ella, tan pálida como él, pareció a punto de desvanecerse cuando leyó el telegrama que había recibido Dennis Grooms.

Decía:

NECESITO VERTE INMEDIATAMENTE *stop* NO TELÉFONO
stop.

—No... no entiendo esto —jadeó—. Dennis... ¡yo no te envié este telegrama!

—Yo tampoco te envié éste a ti —dijo él, lívido.

—Pe... pero... pero...

—Vamos —dijo Grooms—. ¡Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente, Harriett...! ¡De prisa!

Corrió hacia la puerta, seguido de Harriett, la abrió de un tirón, dio un paso hacia fuera... y rebotó en un pecho ancho, fuerte, como si fuese un muro insalvable. Rebotó con tanta fuerza, que habría caído de no encontrarse con Harriett; se abrazaron el uno al otro sosteniendo el equilibrio..., mientras Vincent Vaine entraba en la cabaña, seguido de Mark Ryder, Red Irwing y, detrás, con expresión atónita, Eveline Wilkes.

La cara de Vincent Vaine parecía de piedra cuando saludó con voz indiferente:

—Buenas noches, señora Gessell, señor Grooms...

El inspector Lorigan se dejó caer en un sillón y suspiró desalentado, triste, deprimido.

—Bien... Ha sido un excelente trabajo, Vin. Desde luego, era un plan diabólico el de esa pareja... No han vacilado en asesinar a cuatro personas: Margo Grooms, Bill Alsop, Morton Shields, Xavier Gessell... Un plan diabólico y perfecto.

—Menos por el asunto del barro junto al lago, señor. No era lógico que ni Shields, ni Alsop no se hubieran manchado sus zapatos, igual que Margo Grooms, si ellos la hubiesen llevado allí. De modo que no habían sido ellos. Entonces, pensé en los zapatos de Xavier Gessell, los fui a buscar a todos y, como usted sabe, tampoco tenía rastros de ese barrillo. Por lo tanto, él no había estado en la cabaña. Sin embargo, alguien que no era ni él ni Alsop ni Shields sí había estado, dejando aquella fácil pista de la carterita de cerillas, que nos sirvió para localizar a Shields y Alsop partiendo del

Barclay's

Bar. Y eso era lo que quería Grooms, para que todo acusase a Xavier Gessell, mientras que era él quien había citado a su esposa en la cabaña y, después de simular que la esperaba en el club de tenis, fue a reunirse con ella. Laató, la amordazó, posiblemente la narcotizó, y volvió a Nueva York, para seguir buscándola, al menos a ojos de los demás. Luego, de noche, regresó, la estranguló, y llamó a Shields y Alsop, que no tenían ni idea de que se estaban metiendo en semejante lío, y creían que todo era alguna broma de un excéntrico que pagaba bien. Así que Shields y Alsop llevaron la caja a Gessell, luego dejaron la camioneta bien visible, y se fueron a esperar a Grooms, siguiendo las instrucciones de éste. Y él fue, los mató con la pistola de Gessell que Harriett le había facilitado, volvió a la quinta de los Gessell, y tiró el revólver por encima de la verja. Harriett, que estaba al cuidado de esto, comprendió que era el momento de conseguir que su marido saliese de la casa, para que nosotros pensásemos que además de ir a por los documentos, había ido a matar a Alsop y a Shields... Y luego, con el revólver de él, que ella había escondido, lo mató fríamente, salió corriendo hacia las escaleras y, claro, cuando yo entré, ella bajaba de nuevo, por lo que a nadie se nos ocurrió creer nada diferente a lo que ella dijo... Pero

yo me sorprendí al hablar con Jim Barnes: ¿Cómo era posible que ni Alsop ni Shields tuvieran barro del lago en sus zapatos? Y si no habían estado allí, era lógico que la pista no la habrían dejado ellos, sino alguien que quería que los encontrásemos... muertos. Y ese alguien no podía ser Gessell, ya que todo le señalaría a él como el asesino. Entonces, si no era Gessell, era otra persona. Y así, se llega a una conclusión: ¿quién o quiénes habían salido beneficiados por la muerte de Margo Grooms y Xavier Gessell?

—Lo del telegrama fue una buena idea —elogió Lorigan—. Y evidentemente, se habían visto ya allí otras veces.

—Eso pensé.

—Le que aún no comprendo —intervino Ryder— es cómo se te ocurrió que Grooms podía tener algo que ver con esto, Vin.

—Per la cabaña. Si no había sido Gessell quien había llevado allí a Margo para tenerla hasta el momento de matarla ni habían sido Alsop y Shields..., ¿qué otra persona podría haber pensado en la cabaña?

—Pero...

—Espera. Tenía que ser una persona que pudiera ir allí sin que nadie se sorprendiese, a fin de encontrar la pista de la carterita de cerillas y avisar a la policía si ésta o nosotros no habíamos ido ya allí... ¿Y quién mejor que el dueño de una cabaña para ir a pasar en ella unos cuantos días a consolarse de su reciente viudez? Así que... pensé en lo de enviar un telegrama a cada uno y seguirlos si picaban el anzuelo, a ver adónde nos llevaban. Por eso hice salir de la quinta a la señorita Wilkes, para que Harriett tuviese libertad de movimientos al recibir el telegrama.

—Oye, eres un tío listo, de veras —masculló Irwing; y de pronto, se estremeció—. ¡Brrr! ¡Vaya pareja! ¡Cuatro asesinatos a sangre fría!

—Desde luego —insistió Lorigan—, esto ha sido algo más que una broma. Así que... ¿Qué ocurre, Vin?

—Bueno, señor... Hablando de bromas... Verá, he tenido a la señorita Wilkes metida en esto, me he burlado un poco de ella...

—Hombre, eso no está bien —reprendió Lorigan, irónico.

—Sí, es que... Bueno, no quería distraerme con cosas de éstas mientras estaba metido de lleno en un trabajo, pero ahora... Lo que quiero decir es que... me gustaría darle una explicación a la

señorita Wilkes.

—¿Ahora?

—Sí, comprendo: hay que hacer el nuevo informe...

—Sin duda. Pero te vamos a conceder un par de horas para esa explicación. Sólo dos horas, así que... ¡Vin! ¡Dos horas, no lo olvides!

ESTE ES EL FINAL

—¡Oh, señor Vaine...! ¡Otra vez usted!

—¿Puedo pasar? —preguntó Vincent, empujando la puerta y entrando.

Ella fue a protestar, pero el

G-man

le puso en las manos el ramo de flores que había comprado por el camino. Luego la abrazó y la besó en la boca con tal estilo que cuando apartó sus labios de los de ella, Eveline parecía dormida.

Pero no debía ser así, porque musitó:

—¿Esto es todo, señor Vaine?

—Bueno —carraspeó el

G-man

—. Es que tengo que volver en seguida a la Delegación, señorita Vaine.

—Ah.

—Observo que hoy se ha vuelto a bañar.

—Si, hace un ratito.

—Ya. Bien, ¿qué me contesta?

—¿Qué le contesto... a qué?

—Pues está bien claro: acabo de pedirle que se case conmigo, señorita Wilkes.

—¿Si? No lo he oído... ¿Le importaría repetírmelo?

Vincent Vaine volvió a repetir su petición de mano, a su manera. Esto es, volviendo a besar a la muchacha hasta dejarla turulata. De pronto, la apartó y miró su reloj.

—Maldita sea mi suerte... Tengo que irme en seguida. ¿Cuál es

su respuesta, señorita Wilkes?

—¿No cree que antes debería verme en bikini por fin, señor Vaine?

—Pues... Vaya, sí, sería conveniente y... ¡Qué está haciendo usted! —aulló el

G-man.

Eveline Wilkes se quitó el albornoz..., y quedó en bikini. Un diminutísimo bikini, que contrastaba deliciosamente con sus ojos azules.

—¿Y bien, señor Vaine? —susurró ella, maliciosa—. ¿Qué opina?

El

G-man

comenzó a retroceder hacia la puerta, con los ojos desorbitados.

—O... o... opino que..., que será mejor... que me vaya ahora —abrió la puerta, salió y volvió a asomar la cabeza, todavía turulato—. ¡Pero volveré!

—Será usted bien recibido, señor Vaine.

FIN

PARA TI, MUJER:
PARA TI QUE ERES SENSIBLE
AL SUFRIMIENTO AJENO:

¡LORENA!

EL PRIMER SERIAL ESCRITO POR
TU AUTORA PREFERIDA,

**Corin
Tellado.**

QUE CONMOVERÁ LAS FIBRAS MÁS
SENSIBLES DE TU SER.

¡LORENA!

SIGUE SUS VICISITUDES A TRAVÉS DE
LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS
REM - CAR Y CES, Y EN LOS
EPISODIOS CON FOTOGRAFÍAS QUE
APARECEN TODAS LAS SEMANAS.

¡LORENA NECESITA TU COMPASIÓN!
¡AYUDALA EN SU DESESPERADA LUCHA
POR DEFENDER SU VIRTUD ACOSADA!

UNA EXCLUSIVA DE:



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...